Introducción del Coordinador

Amos Segala

Asimilar sin ser asimilado
(Léopold Sédar Senghor)

I. Los artículos para *El Imparcial* en la vida y la obra de Miguel Ángel Asturias

A mediados de 1924, Miguel Ángel Asturias, abogado recién graduado, autor de una tesis que no había aparecido sin generar cierta agitación en el medio conservador y racista de la capital, así como de algunos artículos periodísticos bellamente construidos (que reproducimos en apéndice en este volumen), decide partir y emprende el ritual viaje a Europa al que ningún intelectual latinoamericano de la época puede sustraerse. En cuanto a las circunstancias de la partida –como, por lo demás, respecto a las de su estancia–, se cierne un oscuro misterio. Misterio que acabó siendo mantenido adrede por el propio autor –al menos así lo creemos–, quien, a lo largo de toda su vida, procuró rodearlo de un carácter de apremio político y de riesgos inminentes que, probablemente, nunca llegó a experimentar. Sea como fuere, Asturias habrá de llegar a París, y desde la Ciudad Luz comenzará a enviar –algo que resulta extraño para un fugitivo– artículos «enardecidos» al periódico del que había sido nombrado corresponsal en Europa, *El Imparcial* de Guatemala. Con suma frecuencia Asturias ha recordado estos años parisinos, los diversos aprendizajes que allí tuvieron lugar, las valiosas experiencias que vivió, habiéndose convertido insensiblemente «el tiempo» de París, en su mitología personal, en el de un segundo y definitivo nacimiento. Asturias nos ha informado sobre todas sus actividades de esta época, a excepción de una, precisamente la de periodista de *El Imparcial,* que fue «olvidada» o evocada de una manera ora alusiva, ora voluntariamente imprecisa.

Examinemos ahora estos textos más de cerca. Se trata de 440 artículos distribuidos de manera desigual al correr de los años del decenio parisino. Los temas que abordan se hallan perfectamente clasificados. Por una parte, textos de creación literaria, breves esbozos de estilo que cumplen con el gusto de las ensoña-

ciones decadentes y poéticas puestas de moda por toda una tradición del periodismo latinoamericano a la que tenía Asturias que remitirse antes de procurar volar con sus propias alas, algunos reportajes y comentarios que giraban en torno a la actualidad francesa o europea. Pero junto a esto, y adquiriendo desde el inicio un relieve, una amplitud y una importancia ideológica a la vez que estilística notables, Asturias envía, desde París, artículos relacionados exclusivamente con la realidad sociopolítica guatemalteca y/o latinoamericana, tal como podría hacerlo un «columnista» experimentado que tuviese voz propia (y voto) en cuanto a los asuntos generales de su país. Actitud extrañamente a contracorriente de las costumbres periodísticas de la época si se piensa, por ejemplo, que Alejo Carpentier y César Vallejo enviaban desde París crónicas inspiradas sobre todo en la actualidad parisina. Con el fin de apreciar correctamente la trayectoria asturiana de aquellos años, considero que hay que relacionarla antitéticamente con la de sus amigos y colegas.

Publicamos hoy finalmente, por vez primera, estos 440 artículos. A excepción de 17 de ellos –que fueron vueltos a exhumar por Asturias para sus colaboraciones de los años 70 en *ABC* de Madrid–, se trata de textos totalmente desconocidos, que jamás fueron tomados en cuenta por la crítica ni por la biografía asturiana, y que, por consiguiente, pueden ser considerados auténticos inéditos. Estos artículos plantean interrogantes en cuanto a su lugar en la obra y la vida de su autor, así como sobre las razones, bastante extrañas, del silencio que los ha rodeado hasta ahora.

Todo conducía a pensar que Asturias, cubierto de honores y solicitado sin cesar por sus editores, nos había dejado pocos escritos inéditos. Ahora bien, el inventario de archivo, realizado por el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional de París, demuestra que dejó un número significativo de textos (relatos, poemas, piezas teatrales) –algunos acabados– que corresponden a diferentes épocas de su producción y que contribuirán, a no dudarlo, a comprender mejor la cronología de su obra, perpetuamente simplificada por la división arbitraria entre la indefinición del «realismo mágico» y la adhesión, no sin riesgo, a los compromisos políticos. Pero estos documentos, por notables que fueran, no están llamados a modificar el *íter* conocido y establecido de la obra asturiana. Al contrario, la publicación de estos 440 artículos, cuya lectura crítica no podrá dejar de modificar la apreciación de la obra que les es contemporánea, revolucionará asimismo la de toda la producción posterior, que de ella se nutre prolongándola.

¿Qué son, exactamente, estos 440 artículos que hoy publicamos? ¿Qué nos dicen del escritor respecto a su obra «mayor» y a su proyecto vital de los años 20, de los que constituyen, quizá, el indicio y el comentario explícitos de los que carecíamos? ¿Qué misterio se oculta detrás del silencio con que Asturias quiso cubrirlos y que repercute en la ausencia de referencias precisas en todas

las recopilaciones establecidas y codificadas de la actividad asturiana? Este hecho es tan contrario a los hábitos mitificadores del escritor –cuyo mecanismo queda desmontado por Cheymol en el estudio publicado en este volumen– que será necesario proponer algunas explicaciones con el fin de descubrir u ofrecer un esbozo de respuesta a las razones profundas de esta «censura» que adquiere, de inmediato, el aspecto de un ocultamiento deliberado.

No será inútil recordar que todo escritor latinoamericano de la primera mitad del siglo XX tenía sus fuentes personales de supervivencia económica. Asturias no consiguió escapar al estatuto, o a la falta de estatuto específico, de su corporación. Corolario inevitable de esta situación era la necesidad de recurrir, junto a la escritura y en detrimento de ella, a actividades paralelas a veces complementarias. En América Latina, la diplomacia, el periodismo, la política eran carreras que sostenían, en el sentido propio así como en el figurado, a escritores cuya vocación y primeras producciones no bastaban en absoluto para satisfacer las necesidades vitales más elementales. Modificada en parte esta situación, el escritor latinoamericano goza hoy de un estatuto más autónomo y de un profesionalismo de dedicación plena, aun cuando subsistan aquí y allá huellas de las antiguas interferencias; sin embargo, esta mezcla ambigua de géneros enriquece el sentido y los deberes de la posición del escritor en el seno de sociedades de las que continúa siendo conciencia a la vez que vocero.

Así pues, a su llegada a París, en 1924, Asturias tenía que someterse a las leyes del contexto, tanto más cuanto que los proyectos de su generación, opuesta a la dictadura de Estrada Cabrera, encontraban nueva tribuna en el periódico que Alejandro Córdova acababa de fundar en Guatemala (1922). Asturias nunca olvidó esta primera experiencia: con el ejercicio semanal de sus artículos para *La Nación* de Buenos Aires, *El Nacional* de Caracas, *ABC* de Madrid y, naturalmente, *El Imparcial* de Guatemala, encontró, incluso en su madurez, un medio de subsistencia y de expresión que se insertaba a la perfección en la tradición literaria de su país y del continente. Podía así intervenir en las discusiones del momento y favorecer de alguna manera su obra literaria gracias al vínculo suplementario que quedaba así establecido entre su público y él.

Estas tres motivaciones son claramente verificables en el conjunto de artículos guardados en el Fondo Asturias de la Biblioteca Nacional de París, así como en las diferentes correspondencias de orden amistoso y administrativo a que dieron lugar. Aun cuando estos documentos atañen sobre todo al período 1954/1974, las informaciones –que aquí mismo nos ofrecen Aline Janquart y Marie-France Bonnet– son precisas y reveladoras. Por ejemplo, la primera nos confirma, con pruebas documentales, que una de las debilidades del escritor consistía en volver a proponer, con variantes a menudo mínimas, un artículo o

una serie de artículos con años de intervalo y a periódicos diferentes. Este ardid, a fin de cuentas bastante corriente, es todavía practicado normalmente por todos sus colegas, a medida que su renombre y su cotización ganan en importancia. Así es como ciertos artículos fueron publicados numerosas veces, siendo su carácter «intemporal» el que trasmitiera la imagen de un Asturias *periodista de la no actualidad* que bebía en las fuentes, en resumidas cuentas bastante desgastadas, de su memoria guatemalteca, latinoamericana y, más aún, universal.

En el caso de los 440 artículos aquí publicados, ocurre todo lo contrario. Ante todo, a Asturias, a quien mucho le gustaba evocar sus años parisinos, y que volvía a utilizar sus «reservas» con tanta desenvoltura, nunca se le ocurrió proceder de este modo con estos artículos. Sin embargo, acostumbraba a guardarlos todos, tal como de ello dan fe las carpetas con los recortes originales que confiara en 1968 a Claude Couffon (véase más adelante). Algunos de ellos –además de los 17 que publicó en la prensa española después del Nobel– hubiesen podido ayudarle a superar numerosas dificultades materiales. Por ejemplo, inmediatamente después de la caída del gobierno de Arbenz en 1954, cuando optó por el duro camino del exilio, le fueron abiertas las puertas de *El Nacional* gracias a su amistad con Miguel Otero Silva y Arturo Uslar Pietri, que no habían dejado de solicitarle tantas colaboraciones como pudiese escribir. Durante varios años, los dólares provenientes de *El Nacional,* a título de sus colaboraciones, constituyeron la más importante, y casi la única, fuente de supervivencia económica del escritor y de su esposa Blanca, de nacionalidad argentina. Así pues, ante estos artículos, y únicamente ante ellos, Asturias mantuvo un comportamiento diferente. Ello habla de la importancia que les otorgaba. Su espíritu vigilante, secreto y organizado los clasificaba en una categoría aparte, pues ellos tenían para él –siempre lo tuvieron– un destinatario muy determinado, al que trasmitían un discurso de un orden y de una «vigencia» que ninguna consideración meramente alimenticia debería desnaturalizar o degradar.

El examen de su contenido nos facilitará la solución de este enigma. De la época en que Asturias era considerado –tal como su tarjeta de visita le declaraba con orgullo– «corresponsal en París» de su periódico, nuestra clasificación de los artículos que escribió nos da a conocer unas categorías sorprendentes para tal función (*véase* nuestro cuadro en pp. LIV y LV):

1) artículos vinculados a la creación literaria: relatos, elzevirios, viñetas, en los que Asturias parece querer dar cuenta de sus posibilidades como escritor, dejando entrever la otra vertiente de su producción literaria conocida, estableciendo conexiones sumamente interesantes entre ambos campos (38 artículos);

2) artículos dedicados únicamente a problemas de orden político, social, económico, cultural y educativo de su país (168 artículos); *constituyen casi la*

mitad del conjunto y, en rigor, habrían podido ser escritos *in situ,* a tal punto participan e intervienen en la actualidad de la Guatemala de la época;

3) artículos en los que la actualidad de París y de los países europeos visitados no es sino un pretexto apenas disimulado para establecer comparaciones con la situación guatemalteca, sugerir soluciones y fustigar sus condicionantes sociológicas (24 artículos);

4) artículos de crónica y testimonio sobre París y sobre los diferentes países de Europa por los que viajó (210 artículos).

En la última categoría, la que el lector, y nosotros, teníamos más ilusión de leer, los artículos dedicados *stricto sensu* a París son no sólo relativamente poco numerosos, sino también poco interesantes: primer indicio sorprendente para un «corresponsal» cuya misión habría debido consistir en cubrir, ante todo, el acontecer parisino. Estamos muy lejos de los reportajes deslumbrantes o simplemente informados que Carpentier, Zaldumbide, Avilés Ramírez e incluso Vallejo enviaban a los periódicos de sus respectivos países. Ni siquiera vale la pena contar los espectáculos, libros, filmes, exposiciones o personalidades que Asturias jamás menciona. A través de numerosas fuentes sabemos que, sin embargo, Asturias no era en absoluto uno de esos «inmigrados» de paso, para quienes la estancia parisina no suponía sino una etapa, en resumidas cuentas accidental, en su itinerario personal. Por el contrario, Asturias vivió plenamente el fervor sin par del París de entreguerras, participando de ella a su manera.

Merced a un concurso de circunstancias que jamás volverá a repetirse con semejante variedad y tal intensidad, París se había convertido en el centro en el que rusos, italianos, alemanes y americanos del Norte y del Sur convergían no sólo para escuchar y entender, sino para proclamar las nuevas dimensiones del arte, del pensamiento y del contrato social. Resulta más que evidente la importancia del París de los años veinte en el itinerario de un número impresionante de artistas y pensadores de todo el mundo. Sin embargo, últimamente se ha matizado este tradicional discurso triunfalista, subrayándose que los coautores de este milagro de civilización fueron aquellos mismos que acudían a enriquecerse y que, en realidad, entregaban al menos tanto como recibían. Últimamente, se ha trazado en París la historia de esta interacción fecunda, deteniéndose en los grandes ejes «tradicionales»: París-Berlín, París-Nueva York, París-Milán-Roma y París-Moscú. Por el contrario, resultan singularmente desconocidas las fecundas relaciones París-América latina, de las que Asturias constituye, a no dudarlo, una pieza maestra.

REPARTICIÓN TEMÁTICA DE LOS ARTÍCULOS AÑO POR AÑO

PERIODISMO				CREACIÓN LITERARIA		TOTAL
PARÍS/EUROPA		GUATEMALA/AMÉRICA LATINA				
1924/1925	**31**	**1924/1925**	**13**	**1924/1925**	**10**	**54**
		París/pretexto	1			
Política	0	Política, economía y sociedad	7			
Cultura y arte	4	Cultura y enseñanza	1			
Viajes	9	Universidad Popular	4			
Reportajes	12	Reportajes	0			
Entrevistas	6	Entrevistas	0			
1926	**36**	**1926**	**22**	**1926**	**11**	**69**
		París/pretexto	5			
Política	1	Política, economía y sociedad	12			
Cultura y arte	8	Cultura y enseñanza	3			
Viajes	2	Universidad Popular	1			
Reportajes	25	Reportajes	1			
Entrevistas	0	Entrevistas	0			
1927	**25**	**1927**	**30**	**1927**	**8**	**63**
		París/pretexto	3			
Política	0	Política, economía y sociedad	19			
Cultura y arte	3	Cultura y enseñanza	5			
Viajes	2	Universidad Popular	1			
Reportajes	19	Reportajes	0			
Entrevistas	1	Entrevistas	2			
1928	**28**	**1928**	**33**	**1928**	**3**	**64**
		París/pretexto	1			
Política	1	Política, economía y sociedad	23			
Cultura y arte	1	Cultura y enseñanza	5			
Viajes	12	Universidad Popular	1			
Reportajes	14	Reportajes	3			
Entrevistas	0	Entrevistas	0			

(continúa)

PERIODISMO				CREACIÓN LITERARIA		TOTAL
PARÍS/EUROPA		GUATEMALA/AMÉRICA LATINA				
1929	40	1929	59	1929	4	103
		París/pretexto	7			
Política	0	Política, economía y sociedad	31			
Cultura y arte	8	Cultura y enseñanza	16			
Viajes	3	Universidad Popular	0			
Reportajes	28	Reportajes	4			
Entrevistas	1	Entrevistas	1			
1930	13	1930	11	1930	1	25
		París/pretexto	4			
Política	6	Política, economía y sociedad	5			
Cultura y arte	3	Cultura y enseñanza	0			
Viajes	3	Universidad Popular	1			
Reportajes	1	Reportajes	1			
Entrevistas	0	Entrevistas	0			
1931	7	1931	14	1931	1	22
		París/pretexto	1			
Política	0	Política, economía y sociedad	8			
Cultura y arte	1	Cultura y enseñanza	5			
Viajes	1	Universidad Popular	0			
Reportajes	5	Reportajes	0			
Entrevistas	0	Entrevistas	0			
1932	18	1932	6	1932	0	24
		París/pretexto	1			
Política	1	Política, economía y sociedad	1			
Cultura y arte	3	Cultura y enseñanza	4			
Viajes	9	Universidad Popular	0			
Reportajes	5	Reportajes	0			
Entrevistas	0	Entrevistas	0			
1933	12	1933	5	1933	0	17
		París/pretexto	1			
Política	3	Política, economía y sociedad	3			
Cultura y arte	3	Cultura y enseñanza	1			
Viajes	2	Universidad Popular	0			
Reportajes	4	Reportajes	0			
Entrevistas	0	Entrevistas	0			

A pesar de una participación activa y de unas vivencias que lo marcaron profundamente, Asturias orienta sus artículos desde París con una óptica y según unas finalidades que lo distinguen con claridad de sus amigos. En realidad, Asturias se vale de un ardid sorprendente, que consiste en apoyarse en las lecciones de su estancia en París (con toda su riqueza y complejidad francesas, europeas y, no lo olvidemos, norteamericanas) y en remitirse a ellas, para dar cabida a un discurso cada vez más personal, predominantemente concentrado en la «circunstancia» guatemalteca. Invirtiendo la relación habitual, Asturias utiliza a París como un «pretexto», lo que le autoriza no sólo a *épater le public* de su país, tentación y límite de este tipo de periodismo, sino que le proporciona argumentos válidos e irrefutables para su transformación. De ahí la tercera categoría que nosotros hemos establecido.

En cuanto a la segunda, Asturias supera en ella, rápidamente, la timidez del principiante, y apoyándose en su experiencia europea, convierte el papel inicial de comentarista, que parecía debía ser el suyo, en el de un *maître à penser*. A su vez, este papel evoluciona y hacia el año 28 nos encontramos en presencia de un militante que ostenta un programa pensado y articulado, de un protagonista potencial en la vida política de su país, y no ya de un simple intelectual preocupado por acompañar y alimentar la reflexión y la acción de la renovación nacional.

Sin embargo, los textos no parisinos de este conjunto deben con mucho ssu originalidad y su valor intrínseco a París. A este respecto, Asturias es uno de los primeros intelectuales y artistas del Tercer Mundo en utilizar a fondo «las armas milagrosas» de la descolonización cultural y política que la propia cultura imperial segregaba. Si se observan las fechas, se sentirá asombro al comprobar que esta actitud se anticipa en treinta años a la de los escritores francófonos.

Si, por otra parte, Asturias está totalmente dispuesto a aprender, y enseñar, las diversas lecciones que imparte la Ciudad Luz –no sin suficiencia–, no se muestra en absoluto propenso a otorgarle el carácter de referente único y hegemónico que era usual reconocerle. Muy al contrario, suele hasta resultar divertido ver cómo Asturias no duda en descubrir el «exotismo» de París burlándose de sus ritos y sus mitos. De modo inverso, la lección de París y, en general, de la problemática social y artística de la época, que encontraba en la capital francesa uno de sus centros de invención y de difusión más prestigiosos, está presente en el tratamiento de algunos asuntos nacionales, en el recurso a determinadas ideas y *topoi* que no son manifestados con el fervor del rastacuero tan típico de algunos latinoamericanos (y que Jean Cassou fustiga en este mismo volumen con severidad), sino que dirigen la orientación del discurso, proporcionándole su asentamiento metodológico y conceptual. Si se tuviese que enumerar los acontecimientos que Asturias olvidó reseñar en su periódico, la lista sería impresionante. Pero sería preferible ver en estas supuestas lagunas, una vez más, una señal de originalidad y la prueba de que París era un paso, necesario y útil, en

su itinerario; pero el alfa y omega de su trayectoria como hombre y escritor se hallaba en otro sitio, en ese otro lugar cuya existencia y cuya complejidad comenzaban a ser entrevistas paulatinamente por los europeos informados.

París, presente en todos sus artículos como una referencia subyacente que autoriza y avala sus tomas de posición y su indignación, otorga una orientación –no un ejemplo, porque Asturias no se cansa de repetir que el modelo francés o europeo es intrasferible– a las epístolas a veces impertinentes que el joven escritor dirige infatigablemente a sus conciudadanos. Algunas veces calan en la anécdota, la reseña, la crónica en directo, pero es forzoso comprobar que París le sirve sobre todo de revelador de lo que Ortega llamaba «la circunstancia» personal y colectiva. Estos artículos sobre París, sin la menor vanidad ni pérdida de tiempo, manifiestan una cierta indiferencia respecto a los acontecimientos que hubiesen debido conmoverle o interesarle, y que, sin embargo, no han dejado aquí la menor huella. Asturias pertenecía a esa categoría de artistas «devoradores» que lo ven todo a través del prisma de su problemática personal, que en su caso eran y siempre fueron su país y su identidad.

Este discurso personal, este diálogo directo que Asturias instaura desde el primer artículo y a partir de las columnas del periódico con el público guatemalteco, es un discurso comprometido, hábilmente orquestado en una variación y una progresión de temas y de tonos que no revelan sólo las dotes y la cultura del joven licenciado, sino también la fuerza y la continuidad de una militancia política y civil que monopoliza, al menos aquí, todos los recursos de su oficio de escritor. A esto se debe que Asturias, en sus artículos parisinos, deje a un lado toda distracción circunstancial y no parezca comulgar con la gran fiesta del arte y de la inteligencia que celebraban, con tanto ardor y suma información, los artículos de sus amigos. Él sigue de largo, parece dejar de lado tantos acontecimientos que, sin embargo, tendrán real incidencia en el resto de su obra conocida, para concentrarse y concentrar el sentido de su experiencia periodística parisina sólo en la dirección y en la esfera de intereses que, aquí, excluyen cualquier otra.

Ante la lectura de estos artículos, se advierte de inmediato que, a favor de una estrategia hábilmente modulada y de una maestría ya muy sofisticada en los efectos de imagen, el periodismo asturiano de los años 24 a 33 es concebido con perseverancia y sin concesiones, como una tribuna para discutir los asuntos de su país y participar en ellos con un papel que se emparenta, al comienzo, con el programa y las ambiciones de la generación del 20. En nombre de ésta y con su apoyo considera, en efecto, que debe entablar la batalla que anuncia y estructura. Así pues, era importante examinar con precisión los antecedentes, las propuestas ideológicas y políticas de ese grupo, así como su itinerario. El análisis sin disimulos que efectúa Taracena al respecto nos conduce a entender mejor tres constantes: la relativa indigencia intelectual del grupo, su lamentable

disponibilidad hacia el «entreguismo» y las dificultades que no dejó de plantear a los movimientos renovadores que no le rendían el homenaje ritual que se creía con derecho a exigir desde los lugares, importantes e inamovibles, que habría de ocupar en todos los regímenes. Pero Asturias se distingue muy pronto de su grupo, con el fin de formular un proyecto personal bien articulado, que asume rápidamente la urgencia de un destino irrevocable.

Las razones reales que condujeron a Asturias a no efectuar ninguna referencia concreta a su producción periodística de los años 20 nos son reveladas por el propio contenido de los artículos a la vez que por su biografía hasta el 44, singularmente parca en detalles, rica en imprecisiones y silencios que el estudio de Arce, en este mismo volumen, evoca con una riqueza informativa y una *pietas* que nos devuelven la magnitud pública y moral de su fracaso.

En efecto, si pasamos de los temas y la certidumbre de sus artículos políticos parisinos a la dura realidad del retorno –inexorable adecuación, vacilaciones y ambigüedades en sus relaciones con los dictadores Ubico y Fuentes, papeles políticos irrisorios tanto en la adhesión como en la oposición–, comprendemos de inmediato que estos textos eran para él «la prueba» tangible de un fracaso intolerable y traumatizante. Las verdaderas razones, quizá, que llevaron a Asturias a no considerar estos artículos en el conjunto de su obra literaria, ni a utilizarlos –guardándolos devotamente en su poder–, residen en que para él, precisamente, se trataba de textos a los que consideraba como la prueba de un fiasco personal humillante, por antiguo que fuese. A cada momento debían recordarle sin piedad la diferencia entre el proyecto generoso y «puro» que anunciaban y la realidad guatemalteca que le esperaba al regreso y que no supo, no pudo o no quiso domeñar, ni siquiera con el exilio. Sus conciudadanos, que perdonaron u «olvidaron» muchas debilidades de otros intelectuales, nunca pudieron hacer otro tanto con Asturias, y éste, que era consciente de ello, adoptó al respecto, a partir de la revolución del 44, un silencio prudente y tenaz que, más tarde, no encontró razones válidas para interrumpir.

Sin embargo, estos artículos, que sin duda fueron para Asturias el símbolo doloroso y vergonzante de las ilusiones perdidas, constituyen algo muy distinto para nosotros. Son, ante todo, un documento de su pasión y de su cultura política de los años 20. El debate sutil y permanente sobre la especificidad de la situación guatemalteca después de la dictadura de Estrada Cabrera lo relaciona él constantemente con las propuestas latinoamericanas y europeas contemporáneas. En un principio, Asturias no tiene la pretensión –ni quizá la ambición– de proponer soluciones originales; se conforma con exigir que su país se ponga al día, se modernice y supere el retraso que asfixia su desarrollo económico y cultural. El discurso político desemboca de manera muy natural en otro de identidad, estrechamente ligado a la experiencia de los viajes organizados por Prensa Latina y a la de sus estudios sobre las antigüedades americanas. Contamos así

con la huella ideológica visible del itinerario que llevó a Asturias, durante su estancia parisina, a escribir obras de síntesis tales como *Leyendas, El señor Presidente* y *Hombres de maíz*. Estos artículos nos restituyen así el eslabón que nos faltaba sobre la solidez y la continuidad del compromiso político y cívico de Asturias, tachado a menudo, en atención a la modestia de sus resultados literarios, de improvisado, artificial, interesado e incluso oportunista.

El compromiso evidente de estos artículos ofrece a la crítica asturiana una clave de lectura renovada, un enraizamiento cultural mucho más elaborado para la *Trilogía bananera* y otros libros de los años 55/65. Gracias a estos artículos y a su triste destino, la obra y la vida de Asturias adquieren una dimensión objetiva y simbólica que habrá de tenerse en cuenta en futuros análisis de la primera, así como en la apreciación a veces controvertida de la segunda. No es irreverente comprobar, en efecto, que las mismas generosas expectativas del 28 le condujeron a similares resultados decepcionantes en los años 65/70. Lo que por entonces extrañó a los medios literarios latinoamericanos y europeos fue la relativa ingenuidad de la opción que lo llevó a dar crédito al presidente Méndez Montenegro aceptando la prestigiosa embajada de Guatemala en París. Esta decisión, de inmediato clasificada en el repertorio de los más vulgares oportunismos, o como una manifestación de orgullo exorbitante, respondía sin embargo a una vocación y a un papel participativo responsable que él abrigaba desde siempre, y que se sostenía en una visión –mejor, una ilusión– de la relación interactiva entre literatura y política cuya *derrota* ya había experimentado.

Estos artículos nos proporcionan la prueba irrefutable de ello. Sin embargo, esta ilusión por el papel carismático del escritor en el seno de la sociedad, reivindicado en nombre de análisis y certidumbres similares a los de Asturias, es una constante compartida por un número muy considerable de escritores latinoamericanos. Y no son pocos los ejemplos contemporáneos al respecto.

II. Nuestra edición: el texto

Esta nota se limita a resumir la historia del redescubrimiento de estos textos, quedando reducidos los problemas de su transcripción y de su elaboración filológica a su más simple expresión. En efecto, si bien Asturias y la Hemeroteca de la Ciudad de Guatemala facilitaron una parte importante del material reproducido, éste no incluía sino recortes de prensa (en el caso de Asturias) y microfilmes (en el de la Hemeroteca). La ausencia de manuscritos, o de textos mecanografiados, y la unicidad del documento (siempre el facsímil del artículo publicado) excluyen radicalmente la necesidad de fecundos análisis basados en las variantes, tanto como el recurso, en los casos dudosos (por acostumbrar los periódicos a incurrir en numerosas erratas), a la versión procurada por el autor.

Se trata, pues, de textos a los que su rareza, su dispersión y su deliberado apartamiento otorgan el estatuto de inéditos, a pesar de que deba considerarse como una singular contradicción el hecho de denominar «inéditos» a unos textos publicados en millares de ejemplares en su día correspondiente.

Por una especie de ironía del destino, en el momento mismo en que alcanzaba las cumbres del reconocimiento internacional, Asturias fue objeto de ataques sumamente virulentos por una parte importante del mundo literario latinoamericano. Muy pronto, los cuestionamientos, hasta aquí de orden biográfico (la aceptación imposible de la embajada en París cuando su primogénito Rodrigo se había convertido, con el nombre guerrillero de Gaspar Ilom, en el símbolo de la resistencia política e intelectual del país al gobierno guatemalteco), modificaron su punto de mira, desplazándose, para mejor herirle, hacia el terreno literario. Para nadie constituye un misterio que los jóvenes lobos de la Nueva Novela y, sobre todo, los críticos literarios que glosaban devotamente el *boom,* procedieron a una especie de *tabula rasa* cuyo objetivo inconfesado era la puesta entre paréntesis o la negación pura y simple de los escritores que los habían precedido. Salvo determinados valores a los que, por una u otra razón, no se atrevían a tocar –como Carpentier, Lezama Lima y Rulfo–, escritores como Sábato, Asturias, Borges y Paz tuvieron que experimentar las angustias de un purgatorio anticipado, surtido a menudo de acusaciones, de crueles «ajustes de cuentas», que extraían invariablemente su argumentación de cotilleos de orden biográfico más que de un estudio serio de su obra.

Asturias se vio primero sorprendido y luego desconcertado por esta radicalización de su opción política, por las torpezas y las incomprensiones recíprocas, y por el feroz parricidio literario y humano que la acompañó. A los ataques cada vez más precisos de los que se consideraba víctima inocente –su obra era universalmente apreciada y había conseguido imponer su vida como una especie de gran mito de la americanidad eterna, sumándose el imaginario de *Hombres de maíz* con coherencia a las reivindicaciones de la *Trilogía*–, replicó con firmeza pero torpemente. Ante todo, repitió el error de sus detractores y les lanzó acusaciones *ad hominem,* tan absurdas como aquellas de que era víctima. No puede olvidarse el *faux pas,* que dio la vuelta al mundo, según el cual *Cien años de soledad* habría sido calcado (plagiado, dijo) de la novela de Balzac *La peau de chagrin.* Sintiéndose repudiado y algo patético, se encerró entonces en un silencio y una amargura cuyos efectos devastadores hemos podido atestiguar personalmente.

Quiso luego adoptar una estrategia más inteligente y, por intermedio de Claude Couffon, apoyó la publicación de algunos textos «olvidados y desaparecidos» que la Universidad de París, La Sorbona, pudo de este modo proponer al interés de estudiantes e investigadores.

El primer volumen fue su tesis de doctorado, *El problema social del indio,* que había defendido en vísperas del viaje a Europa, en 1923. Evidentemente, hay

que subrayar el carácter bastante limitado y decepcionante de este trabajo, cuyos condicionamientos culturales y sociopolíticos son estudiados por Martin, Taracena y Arce en este volumen. Sin embargo, a través de esta exhumación, Asturias quería indicar, con apoyo del texto, la distancia que lo separaba ya de sus propuestas de juventud, así como el camino que había recorrido en este campo. Lejos de ser una prueba de racismo paternalista mezquino, esta tesis revela el insuficiente bagaje intelectual de que estaba provisto en un principio, y que hace resultar asombrosa la antropología cultural subyacente en su obra inmediatamente posterior. Por supuesto, este texto fue utilizado por algunos (Rogman) como un nuevo cuerpo del delito, cuando el mismo señala el *terminus postquem* el autor repudia el discurso de su medio cultural para lanzarse, solo, a una de las formulaciones más modernas y válidas del *ethos* americano.

Este volumen de la colección «Couffon» fue pronto seguido por otro (que, por motivos editoriales, lleva en realidad una fecha anterior). Con el título *Novelas y cuentos de juventud* reunía algunos textos cuyo interés erudito residía en realidad en las distancias que establecían con el gran Asturias más que en la paternidad literaria que les era reconocida.

Estos dos pequeños volúmenes tenían que ser completados por un tercer libro, que habría debido incluir una selección «literaria» de los artículos que Asturias había escrito en los años 20 para *El Imparcial* de Guatemala. Así, con método y aprovechando materiales casi totalmente ignorados, Asturias respondía a los ostracismos de que se sentía víctima y los refutaba a su manera, la única legítima y concluyente, es decir, «historicizando» la discusión. Sus comentaristas podrían ya volver a situar con más rigor la evolución de sus ideas y de sus itinerarios en una dimensión temporal fehaciente.

Asturias le confió a Couffon tres gruesas carpetas que contenían 250 recortes cuidadosamente adheridos a hojas de papel (lo que había de crear, a continuación, serios problemas de conservación). La mala calidad del papel, su color amarillento, los tipos de impresión, las verificaciones posteriores que se pudieron efectuar en Guatemala, confirman que estas tres carpetas incluyen efectivamente los recortes originales de los artículos que Asturias había publicado, entre 1924 y 1933, en las columnas de *El Imparcial*. Las carpetas están artesanalmente agrupadas en un orden cronológico aproximativo, pero en la mayor parte de los casos faltan la fecha y la página del periódico. Este detalle tiene su importancia, porque podía permitir apreciar mejor su situación respecto a la dirección del periódico y por tanto, indirectamente, su importancia para el público. El mismo explica también que en algunos casos no fue posible encontrar la fecha exacta de publicación (por ejemplo, en los núms. 12, 97, 237 y 331).

La publicación en volumen de estos artículos permaneció en estado de proyecto, y cuando Asturias murió, en 1974, Claude Couffon nos hizo saber al punto que con sumo placer entregaría los preciosos documentos que le había

confiado el escritor para que se sumasen a la edición crítica que habían de publicar, a iniciativa del CNRS francés, las editoriales Klincksieck de París y el Fondo de Cultura Económica de México. Edición que había determinado, en gran parte –no lo olvidemos–, la donación de los manuscritos de Asturias a la Biblioteca Nacional de París.

Del numeroso equipo internacional que tuve que organizar al efecto, se destacó de inmediato el talento y la preparación de un profesor inglés, Gerald Martin, quien no sólo había conocido al Asturias vivo, sino que también le había interrogado largamente sobre su obra y su vida, en especial sobre los años que sus biógrafos y exégetas habían dejado sumir en una imprecisión cuidadosamente mantenida por el propio autor; a saber, aquellos famosos veinte años (de 1924 a 1944) en los que Asturias escribió algunas de sus obras maestras, pero cuyas exactas circunstancias nos seguían siendo desconocidas. Gerald Martin, debidamente recomendado por Asturias, había podido residir en Guatemala en la casa de su hermano mayor, Marco Antonio, casa familiar a la que está estrechamente ligado todo este período. Durante su estancia, Gerald Martin, en busca de un Asturias ignorado o desconocido, se relacionó naturalmente con todos los antiguos amigos del escritor, y tuvo acceso a muchos documentos y a testimonios suficientemente contradictorios como para estimular su investigación. Gracias a la cooperación amistosa de Rigoberto Bran Azmitia, Director Perpetuo de la Hemeroteca Nacional, pudo durante varias semanas hojear las páginas amarillentas de las viejas colecciones de *El Imparcial,* donde anotó sistemáticamente, por una parte, los artículos que Asturias había enviado al periódico durante su estancia en París y, por otra, el eco que este viaje había levantado en el país, y del cual daban fe los artículos-comentario que reproducimos en uno de los apéndices del volumen.

Resulta significativo que, sobre este famoso viaje de los años 20, los antiguos camaradas del autor lo criticaran todavía con el tono suficiente de quienes sabían cuán intrascendentes habían sido las conclusiones de los proyectos parisinos del licenciado Asturias. Martin estableció listas, cronologías y comprobaciones, y fotocopió todos los artículos que pudo hallar (alrededor de 300), empresa trabajosa debido al formato del periódico y a los equipos de la Hemeroteca Nacional. En 1982, cuando para completar el discurso crítico iniciado con la publicación en edición crítica de *El señor Presidente, Viernes de Dolores* y *Hombres de maíz,* decidí la publicación de estos textos prácticamente inéditos, Couffon y Martin pudieron, por consiguiente, facilitarnos cada cual una parte de los mismos. Extrañamente, pero para dicha nuestra, los recortes de las carpetas que Couffon había recibido de manos de Asturias no se correspondían con los artículos que Martin había reunido tan laboriosamente. Investigaciones ulteriores, realizadas por Martin y Couffon, y también por la señora Gail Martin, permitieron reconstituir el *corpus* sin la menor laguna, ordenarlo y fecharlo con rigor, tal como hoy es presentado en este volumen.

La fijación del texto definitivo ha planteado algunos problemas técnicos de los que hay que informar al lector. A falta de manuscritos o de páginas mecanografiadas originales, hemos conservado la grafía a veces incorrecta del periódico. En particular, no hemos considerado necesario restablecer la ortografía correcta de algunas expresiones francesas, ante la incertidumbre en que nos hallamos de saber si se trata de una elección deliberada del autor (por ejemplo, la expresión «¡¡J'approubé!!» puesta sin duda por motivo de escarnio en la boca de Mussolini - nº 32) o de un error imputable al taller tipográfico (por ejemplo, «como dice Romain Rolland, decoré de tête au cu» en vez de *décoré de la tête au cul* - nº 293). Por este motivo no hemos corregido los errores de transcripción de algunos nombres propios (Garba*zz*o, nº 31; Ri*v*er*o* Rovira, nº 189; G*a*uraud, nº 269; Mauclair*e*, nº 281; Diego *de* Rivera, nº 369; Uhtoff, nº 421; Daireux, p 533), ni unas erratas que retornan constantemente (*Mistinguette* en vez de *Mistinguett, Nôtre Dame* por *Notre Dame, Lafayette* en lugar de *La Fayette*), ya que nos parecieron algo así como referentes característicos del autor y de la época (a la manera de las citas en lengua extranjera de Lezama Lima). Desde esta perspectiva, el título *El proceso de Mary Dugan,* transcrito como *El proceso de María Dougant,* parece constituir la prueba de un exceso de celo «afrancesado» cuya paternidad es difícil de establecer.

Por esta razón, y se trata del caso estadísticamente más frecuente, no hemos unificado en cursivas todos los títulos, palabras o expresiones en lengua extranjera (*chauffeur, avant-guerre, terre-à-terre, midinette, good-bye, jazz-band, such is the life,* etc.) que no lo estaban en el original del periódico. Un caso curioso queda representado por la mezcla operada entre español y francés en algunas denominaciones («el periódico *Gaulois*» en vez de «el periódico *Le Gaulois*», nº 261; o «el Teatro des Arts» por «el Théâtre des Arts», nº 332).

III. Nuestra edición: el equipo

Estos artículos, desconocidos en su casi totalidad, exigieron que en el momento de procederse a su balance según los lineamientos establecidos más arriba, se tuviera en cuenta la ausencia, a su respecto, de cualquier interpretación o historia crítica. Así pues, nos ha parecido necesario proporcionar al lector abundantes instrumentos de apreciación histórica y pistas de desciframiento conceptual más que unos análisis que habrían condicionado su lectura y predeterminado su sentido. A ello se debe que el proyecto puesto en práctica en este volumen sea ligeramente diferente de las estrategias críticas empleadas en los otros títulos de la colección Archivos que poseen una sólida tradición hermenéutica que no sólo hay que considerar, sino –ya sea con adhesión, oposición o síntesis– a la que deben proponerse interpretaciones renovadas.

Así pues, nuestra mayor preocupación ha consistido en reconstruir el contexto histórico guatemalteco y parisino –con sus ramificaciones sociales, políticas, culturales– al que Asturias estuvo vinculado, y al que incorporó su trabajo como periodista. Por ello hemos solicitado varias contribuciones que arrojan un esclarecimiento revelador sobre el terreno de donde surgió y en el cual se estructura la propuesta asturiana. Los artículos de Martin, Taracena y Arce abordan según perspectivas diferentes pero complementarias el contexto guatemalteco, sin descuidar las características ni las obligaciones del periodismo latinoamericano, cuyos estereotipos debieron ejercer mucho peso sobre Asturias.

Después de un resumen minucioso de la historia de Guatemala y de sus relaciones con América Central, la Revolución mexicana (sobre todo Vasconcelos) y el incipiente aprismo, Martin dedica todo un capítulo a la historia y a la evolución de *El Imparcial,* tribuna desde la que Asturias deseaba dar a conocer sus mensajes. Por otra parte, este mismo especialista, que ya había evocado el escenario de la escritura periodística de Asturias en los doctos estudios que dedicara, respectivamente, a *El señor Presidente* y *Hombres de maíz,* fija aquí los puntos de referencia esenciales para la apreciación de estos artículos. Por último, en las notas muy densas que redactó para esclarecer la compleja trama que conjuga entre sí todos los artículos, nunca deja de relacionarlos con la obra contemporánea de Asturias, tendiendo entre ambas producciones puentes temáticos y textuales altamente significativos.

Arturo Taracena precisa por vez primera –hay que decirlo– las propuestas ideológicas y la «actuación» política concreta de los protagonistas de la generación del 20. Éstas están relacionadas con la de los «estudiantes» latinoamericanos (AGELA) en París, lo cual le permite al lector disponer de una radiografía por fin bien informada de la evolución de las ideas políticas de Asturias durante este decenio.

Por su lado, Paul Verdevoye amplía aún más el campo de análisis situando los artículos de Asturias en el seno del debate sobre la identidad latinoamericana a escala del continente. Asturias aportará aquí sus propias respuestas metafóricas a través de *Leyendas* primero, y luego de *Hombres de maíz,* pero los artículos escritos para *El Imparcial* muestran, significativamente, las huellas de esta búsqueda. Paul Verdevoye las ha estudiado a la luz de propuestas diferentes, pero igualmente apasionadas, que muchos hombres de pensamiento y de acción le habían aportado y a los que Asturias no sólo conoce y cita, sino que «vive», retoma y discute conforme su estancia parisina lo forma tal como nosotros lo conoceremos en lo sucesivo.

Una vez aclarado y explicado el horizonte nacional en cuanto a los innumerables condicionamientos socioculturales que pesaron, *volens nolens,* sobre el Asturias de los años 20, resultaba asimismo necesario observar de cerca la otra referencia, otro contexto en el que Asturias actuó: Francia, París y los diferentes

medios con los que se vio fecundamente vinculado. En la descripción de las estructuras de recepción que Asturias encontró en París, sobre todo en ocasión de relaciones de amistad y frecuentaciones sólidamente establecidas, será posible apreciar la singularidad de su trayectoria, entender su complejidad y sus tendencias.

Se impone una primera comprobación. En París, Asturias parece descubrir más las solidaridades latinoamericanas que las de la *intelligentsia* francesa, italiana, rusa y alemana que animaban el debate cotidiano. Volveremos sobre esta cuestión, pero a la manera del saber latinoamericano y guatemalteco con el que nos ha parecido funcional dotar a estos artículos, resulta primordial saber a ciencia cierta en qué mundo específico evolucionaban los latinoamericanos desembarcados en París. No se trataba desde luego de un gueto refractario, ajeno a la circulación incesante de las ideas, pero sí de una colonia que contaba con sus puntos de interés y de reunión, sus solidaridades y sus objetivos específicos.

¿Pero cuál era, exactamente, en aquella época, la imagen que los franceses tenían de América Latina, y a través de qué canales de trasmisión se efectuaba este conocimiento? Jean Cassou contesta aquí a la primera interrogante, con una contribución de evidentes resonancias y honduras toynbeenianas, en la que evoca esa incomprensión mutua, cuyo grado actual de persistencia es aún difícil de medir. Este trasfondo de ignorancia y de desconocimiento recíprocos no se reduce en este texto –como suele ocurrir– a accidentes pintorescos y circunstanciales, sino que es presentado como una hipoteca histórica, como un error sólidamente implantado en el antiguo tejido de los intercambios entre civilizaciones. Muchos artículos de Asturias muestran la huella evidente de tal situación. Ésta, profundamente injusta aunque real, podría haber cesado, según Jean Cassou, a partir del momento en que los latinoamericanos hubiesen sido capaces de manifestar su originalidad. Ahora bien, para esto no era únicamente necesario que se crearan obras, sino también que fuesen conocidas, que consiguiesen llegar a un París en última instancia muy receptivo, abierto a las adopciones y los padrinazgos incluso insólitos.

Aquí interviene otra voz, la de Georges Pillement, el mayor artesano del acercamiento, a través de la cultura, entre Francia y América Latina gracias a su inagotable actividad de traductor, divulgador, animador y organizador de revistas y de editoriales. Su testimonio es importante porque Pillement no fue únicamente quien le abrió a Asturias las puertas de un determinado París, sino el amigo fiel y asiduo, el traductor y el confidente. Pillement fue para el Asturias de aquellos años un cómplice y un iniciador, quien lo introdujo en esa gran encrucijada de ideas y de intercambios que fueron los congresos de Prensa Latina, de los que se hablará más adelante, y que habría de traducir y publicar algunas de sus *Leyendas* (antes que Miomandre). Guardará para sí el manuscrito

de 1933 de *El señor Presidente* e incluso más tarde, después de la guerra, apoyará en Francia su definitiva afirmación.

Paulette Patout muestra, por su parte, con el lenguaje irrefutable de catálogos, títulos, lugares y manifestaciones, de periódicos y revistas, cuáles eran los canales que daban circulación, imponiéndola, a una imagen diferente de la cultura latinoamericana. Sus cuadros constituyen un documento de gran riqueza y que sale al paso de muchos olvidos y acusaciones. Los textos de Cassou, Pillement y Patout conducen a que se subraye la importancia capital, en medio de esta ósmosis, no sólo de los artistas latinoamericanos –que gracias a sus obras originales destruyeron los prejuicios motivados por la suficiencia parisina y los esnobismos imitativos de muchas generaciones de latinoamericanos–, sino también la de los «mediadores» culturales, que fueron los coautores de este cambio. Tanto se ha hablado de su venalidad y su ignorancia, de la arbitrariedad de sus opciones, que estos tres testimonios vienen a propósito para recordar el origen de muchas celebridades internacionales, pero asimismo el gusto, la cultura y la pasión que condujeron y conducen a muchos de ellos a convertirse en los profetas franceses del genio latinoamericano.

Después de esta contextualización de los artículos de Asturias, era necesario, conforme a la estrategia crítica adoptada en esta colección, proceder a interpretaciones que precisasen su discurso y ofreciesen algunas pistas de lectura entre las numerosas posibilidades que presentan su abundancia y su diversidad.

Martin consiguió reconstruir la temática a menudo dispersa, o implícita, en los 440 artículos, subrayando la cohesión del conjunto y la relativa originalidad de las soluciones propuestas por el autor, en constante relación dialéctica con las grandes corrientes de pensamiento del mundo occidental.

Cheymol propone una clave de lectura de estos artículos, habiendo logrado establecer, después de investigaciones realmente muy originales, en qué medida París no era únicamente para Asturias un círculo restringido o amplio de amistades latinoamericanas y francesas, sino también el lugar en el que dos componentes esenciales de su cultura –incluso de su identidad– resultaban cuestionadas, o mejor dicho, interpeladas: por una parte, la ideología de la latinidad actualizada por Maurice de Waleffe, con sus viajes y sus congresos de Prensa Latina y, por otra, la suma atención que la Sorbona dispensaba a las religiones mesoamericanas y a un mundo del que Asturias sólo debió haber entrevisto en Guatemala el aspecto miserable y decadente. En cuanto a estos cursos, Asturias se explicará en un texto posterior ya célebre en el que sitúa su experiencia en paralelo con la más tardía, pero igualmente fecunda, de Senghor. Pero Cheymol, si bien no vacila en desmontar las leyendas de que Asturias gustaba rodearse, establece por vez primera, gracias a documentos irrefutables, la participación efectiva del autor –así como sus límites– en los trabajos de la escuela de etnología de París volcada en el estudio de lo americano. En relación con las tentaciones

de la latinidad, su huella parece muy frágil, ya que esta problemática se cruza, sin confundirse, con la de la identidad. Cheymol, volviendo a situar la actitud de Asturias en el contexto del periodismo latinoamericano de París, y ofreciendo en especial informaciones inéditas sobre Prensa Latina, logra que se destaque el alcance a la vez que la significación exacta del proyecto mitificador de Asturias.

Pero, y es quizá lo más importante, estos artículos nos ofrecieron la ocasión de abordar un tema tabú, en el cual nos volcamos para poder estudiarlo exhaustivamente, sin escamoteos ni indulgencias: las relaciones de Asturias con Guatemala.

En efecto, aun cuando esto no haya sido muy comentado, ya que él fue la personalidad más festejada de su país, Asturias es un caso controvertido en Guatemala, y la exhumación de estos artículos corre el riesgo de devolver argumentos a la discusión que desgarra cíclicamente –y con muy buenos resultados– el alcance de su obra, por vía de los cuestionamientos biográficos a los que tan aficionados son sus conciudadanos. Por otra parte, estos artículos arrojan una luz menos difuminada sobre todo un período de su vida, ofreciendo la ocasión de una actualización global a la que ningún biógrafo o critico del escritor había podido llegar hasta la fecha. Confiamos esta delicada operación-verdad a Manuel José Arce, poeta, intelectual guatemalteco, que ha sabido –gracias a su conocimiento de la historia de su país, a la experiencia directa de acontecimientos y personajes de la Guatemala de ayer y de hoy, así como a una relación íntima en el plano de la vida familiar, intelectual e incluso creativa con el escritor– relatar sin ocultamientos ni omisiones la historia de las relaciones entre Guatemala y Asturias. No se trató, aquí, de perfilar una desmitificación malintencionada ni una versión edulcorada para uso de las hagiografías, sino la historia plenamente humana de las expectativas y las frustraciones de Asturias y de toda una generación, así como de la reivindicación de un magisterio moral y cívico, que su obra e incluso su vida –en lo que ésta ha tenido de doloroso, de trágicamente condicionado– atestiguan todavía hoy. Estos textos, estos artículos son, pues, pieza esencial que nos permitirá entender, de «otra» manera, la vida y la obra de Asturias, ya que esclarecer el contencioso Asturias/Guatemala supone asimismo ahondar y definir las razones de su arte. Porque –y es necesario reconocerlo– la pasión única de su vida, con todos los excesos, las negaciones, las recuperaciones y las ternuras de cualquier pasión verdadera, fue su país, en una mezcla muy equívoca de motivaciones que el análisis casi freudiano de Arce deja en clara evidencia.

Este volumen ofrece también al lector una serie de documentos que nos han parecido apropiados para esclarecer el itinerario asturiano de este decenio:

– los artículos que Asturias escribió para *El Imparcial* inmediatamente antes y después de su estancia parisina («Apéndice I»);

– los numerosos artículos que le fueron dedicados espontáneamente o a instigación suya en *El Imparcial,* y que llevan las firmas de Armando Maribona,

Alfredo Balsells Rivera, Carlos Samayoa Aguilar, César Brañas, valores nacionales, y los de Ramón J. Sender, Georges Pillement, Francis de Miomandre y Robert Desnos, indicios reveladores de su afirmación internacional («Apéndice 2»);

– los artículos-manifiesto políticos que Asturias escribió en *El Estudiante* antes de su partida a Europa (recopilados por Arturo Taracena y publicados a continuación de su estudio);

– los tres artículos sobre el congreso de Prensa Latina en Cuba (1928), escritos por Miguel Ángel Asturias, Robert Desnos y Alejo Carpentier, a los que se añade un cuadro sinóptico general de todos los congresos de Prensa Latina (recopilados por Cheymol e insertos en el dossier que cierra el volumen).

Desde el punto de vista bibliográfico, además de la bibliografía general publicada al final del volumen, podrá consultarse, dado su interés, el inventario cronológico de las principales obras dedicadas a la identidad hispanoamericana y publicadas entre el nacimiento de Asturias y su regreso a Guatemala (establecido por Paul Verdevoye al final de su estudio).

IV. El itinerario y las metamorfosis de una escritura

El análisis y el inventario temáticos de estos artículos no restituyen, en nuestra opinión, la efervescencia, la tensión intelectual y moral de que son testimonio actualizado. No contamos sino con muy escasos datos sobre los diez años que abarcan, decenio que, retrospectivamente, nos resulta obligatorio considerar como el más importante y el más fecundo –desde cualquier punto de vista– en la producción del escritor. Las circunstancias y la trayectoria que llevaron a Asturias a escribir *Leyendas* y *El señor Presidente,* y a esbozar *Hombres de maíz,* tres obras que hoy situamos en el *Stimmung* excepcional de la estancia parisina, se nos escapan en su totalidad. En un extremo de la secuencia, 1923, tenemos al autor provinciano describiendo el itinerario de la tesis, y en el otro, 1933, el de las obras maestras que lograron encarnar, por vez primera, la síntesis cultural y estilística indoespañola que América Latina buscaba definir a través de sus «pensadores» y que sólo sus escritores y sus poetas consiguieron expresar.

A esto se debe que, al ofrecer al lector la serie de aclaraciones contextuales y temáticas que hemos detallado, hayamos querido asimismo trazar la evolución *in progress* de estos mismos problemas describiendo el itinerario a menudo latente, oculto o virtual de Asturias. Se trata no sólo de definir su pensamiento en cuanto a tal o cual problema, sino de captar su movimiento.

Gracias a un análisis de las frecuencias temáticas y de su significado en el interior del *corpus* al que pertenecen, podemos aprehender esta transformación, seguirla, entenderla. De pronto, estos artículos, lejos de suponer una actividad

secundaria, se convierten en el eje visible de un proyecto no declarado pero sí lúcidamente deliberado. Así pues, lo que hay que buscar en ellos no es la visión de París ni la de Europa, algo que tenían como primera misión comunicar a los lectores de *El Imparcial,* sino la utilización –en todos los sentidos del término– que Asturias hacía de éstos para hablar a sus conciudadanos, aconsejarlos, amonestarlos y presentarse ante éstos como un interlocutor privilegiado. Lo que hay que establecer es el itinerario del viaje iniciático emprendido por Asturias a través de tierras, gentes y problemas cuya coincidencia o ajenidad no pudieron alienarlo, asimilarlo o distraerlo. Estos encuentros contribuyeron a precisar, incluso a exacerbar, la búsqueda de su destino personal, que fue para él la búsqueda de su identidad. En el plano de la creación, esta última había encontrado rápidamente su dimensión, su respuesta, en las obras que hemos citado, pero en cuanto al plano de la acción, desde el periódico, «su» periódico, es desde donde quería influir y remodelar la realidad de su país.

Por ser los textos numerosos y diversos, hemos utilizado una aproximación estadística a la vez que evolutiva de sus diferentes facetas. Resulta evidente que debido a la naturaleza misma del texto periodístico, éste se ve sometido a las coerciones de un gran número de elementos que no participan de semejante poder de condicionamiento en la creación literaria «pura». Mientras cada estudio de este volumen cumple una misión y una función muy exactas, este texto de introducción no tiene otra ambición que la de ser una especie de «instrucciones para el uso del lector» destinadas a anunciar el extraño *Bildungsroman* del que estas crónicas constituyen los innumerables capítulos.

1924/1925

A partir de su mismísimo inicio, el periodismo de Asturias acusa, tanto en la diversidad de sus rúbricas como en la riqueza temática y estilística de sus columnas, las características que muy pronto habrán de permitirle ser reconocido por sus lectores. Todo está ahí ya, desde el comienzo, al punto de parecer asombroso semejante grado de lucidez, de *savoir-faire* y de intencionalidad, desde el tratamiento de la actualidad como pretexto hasta su intervención «desde lejos» en los asuntos de todo tipo de su país, desde sus preocupaciones y ambiciones propias de escritor hasta la utilización, nunca anecdótica, de sus viajes de re-conocimiento. Aquí, procuraremos señalar poco a poco cuál es la proporción cuantitativa de tales componentes, procediendo a su comentario correspondiente.

Es cierto que, a veces, la importancia mayor o menor de uno u otro aspecto del periodismo parisino de Asturias se debe, en parte, a las presiones de determinados acontecimientos personales, a la situación interna de Guatemala y, tam-

bién, a los desafíos de la actualidad. Pero, en su conjunto y en el discurso que termina describiendo, estas variaciones temáticas parecen, ante todo, una señal de la evolución del escritor, las etapas de su maduración, las estaciones –pronto dolorosas por contrariadas– de su proyecto.

No procederemos a resumir año tras año este proceso; es el lector quien deberá apreciarlo y, más aún, vivirlo mediante la lectura, asistido por las numerosas colaboraciones críticas e históricas que acompañan a estos artículos, y cuya función consiste, precisamente, en volver a situar su estrategia en el contexto nacional guatemalteco, parisino, latinoamericano e internacional que la alimenta, la condiciona, la inspira y la singulariza.

Subrayaremos aquí sucintamente la trayectoria, el ahondamiento de sus *Leitmotive,* su metamorfosis y su peso específico en el desarrollo de cada año con, por una parte, la atención puesta en el lugar de destino del mensaje y, por otra, en el lugar de su emisión.

Se ha observado que París, lugar predominante de emisión geográfica de este mensaje, interviene de manera bastante curiosa en su formulación, y hasta surgiría la tentación de minimizar su impacto sobre el joven Asturias. No nos engañemos: París y Europa enriquecen la meditación personal y americana del escritor de una manera no siempre declarada, pero que fecunda sus artículos con sus temas y sus estímulos intelectuales. Asturias muestra, respecto a la realidad europea, dos actitudes: por un lado utiliza sus «armas milagrosas» de una manera «oblicua» –en el sentido de que sólo la considera y la cita en aquello que le sirve para sus propósitos– y, por otro, París y Europa le ofrecen un punto de arranque prestigioso para formular sus análisis y sus terapias nacionales: «por contraste, se asocian las ideas» (n 70).

A partir de esta óptica, la manera en que Asturias percibe y transmite la realidad europea difiere grandemente de la de un simple cronista, y a esto se debe que ella roce a veces la ingenuidad y un cierto provincianismo; más aún, que navegue entre la sordera y la pura y simple desinformación. En efecto, esta actitud forma parte de un proyecto que es a menudo manipulado o escamoteado por las necesidades de su consecución. Una vez especificado esto, resulta empero asombroso comprobar, desde el primer año, con cuánta clarividencia y astucia sabe imponerse Asturias al lector guatemalteco. Éste es, a perpetuidad, su referencia y su interlocutor; no constituye una entidad abstracta, sino la presencia invisible y lejana, aun cuando capital, que condiciona el discurso. El autor entabla un diálogo, calibra y afina su mensaje a través de todas las figuras del catálogo periodístico y de una pléyade de elementos que enmarañan las pistas pero que nos restituyen, a quienes hoy las revisamos fríamente, el proyecto asturiano con una complejidad y una polivalencia cuya intencionalidad nos vemos obligados a reconocer.

El exordio asturiano es de admirar: calculado y conducido sin rodeos a la consecución de sus fines para fijar de inmediato su imagen en el periódico; se trata de

las entrevistas a Unamuno y a Blasco Ibáñez. Necesitaba un comienzo triunfal y destacado ante el diario y ante los lectores: lo consigue con esos dos artículos en los que las preguntas planteadas, la celebridad universal de los entrevistados, sumadas a la seguridad –casi impertinencia– del periodista, sitúan de entrada a Asturias en un nivel «jerárquico» sumamente notable. En el artículo dedicado a Unamuno se desliza una frase que habrá de constituir uno de los grandes *Leitmotive* de este decenio:

> Cuando seamos libres, interior y exteriormente, se podrá hablar de hispanoamericanismo. No se unen sino los pueblos que se gobiernan por sí solos (p. 4).

A partir de este mismo año tenemos una prueba elocuente de que estos dos *scoops* fueron hábilmente preconcebidos y rápidamente llevados a cabo para exaltar y definir sin ningún equívoco el exordio parisino de Asturias. En efecto, a pesar de una progresiva familiaridad de Asturias con los medios artísticos e intelectuales parisinos y actuantes en París, sus entrevistas no son realizadas sino a personalidades capaces de promoverlo, o vinculadas a la promoción de los grupos entre los que él se desenvolvía. Siempre actuará de este modo, y las entrevistas a Sux y Godoy de 1925 responden adecuadamente a esta estrategia. Por lo general, las entrevistas o los artículos que dedica a tal o cual personalidad extranjera son preciosos no sólo por lo que dicen sino para reconstruir las solidaridades y los puntos de apoyo que laboriosa, y exitosamente, acababa de asentar. Su capacidad para sobrevivir y afirmarse en París, por otra parte, se volverán proverbiales. Yo recuerdo que todo joven guatemalteco desembarcado en París se dirigía a él a este efecto, suponiéndole el hecho de ayudarles verdadero pundonor, no sólo a causa de su generosidad, sino porque ya se había convertido en un maestro en la materia y le era necesario hallarse a la altura de su propia leyenda.

Después de esta verdadera autoinvestidura, Asturias inaugura con su firma, pero continuando una ya antigua tradición del periodismo nacional y latinoamericano, una serie de artículos de un género literario incierto que nosotros hemos asimilado a la creación literaria y al reportaje imaginario. Se trata de textos cuidadosamente escritos, en los que el placer evidente del hermoso giro, de la descripción elegante y refinada, a menudo insólita, guía su mano por sobre cualquier otra preocupación. Son textos de escasa o nula relación con su vida parisina (los n°s 4, 6 y 10 fueron escritos en Londres, pero el cambio de decorado –¡y qué decorado!– casi no resulta perceptible). Constituyen un laboratorio de gamas literarias, una especie de «hallazgo» condensado que cumple la función de recordar y permitir valorar su nivel como escritor, porque esos elzevirios eran intercalados, con un sabio juego de alternancias, entre otros artículos que, al mismo tiempo, poseían un estilo, una *Stimmung* totalmente diferente. En los primeros de tales artículos deja correr con frecuencia consideraciones de

orden muy personal e íntimo, a medio camino entre la confesión y la reflexión desengañada, poética e, incluso, escabrosa. Pero, ante todo, es función de estos artículos mostrar a sus lectores *il bello mestiere,* plantear en el proscenio la imagen de un escritor sutil, variado, de posibilidades artesanales muy vastas: modo astuto de imponerse y darse a re-conocer como escritor a la vez que como vector de un pensamiento y de una reflexión extraliterarios.

El contrapunto entre artículos literarios y artículos políticos, *incluso teniéndose en cuenta unos condicionamientos exteriores que inciden en todos los sentidos en la verdadera curva de frecuencia,* es sintomático de su proyecto y del desarrollo de éste. No se podrá dejar de señalar –y de ello extraer las consecuencias que se impongan– que en la primera mitad de su estancia parisina el número de artículos literarios es notable y que su disminución, o casi su desaparición, hubo de coincidir con el incremento y el pregonamiento de su compromiso político. Parecería que Asturias hubiese decidido deliberadamente poner en funcionamiento la estrategia de utilizar lo literario para que se aceptase de mejor grado lo político. El autor, en los inicios de su estancia, mezcla los géneros para preparar el terreno y tantear sus posibilidades, las del periódico y, *last but not least,* las de sus lectores. Diríamos que *se construye,* mediante toques superpuestos, una imagen voluntariamente «compuesta», cuyo punto de apoyo esencial es, por el momento, su vocación y sus dotes de escritor, y esto, naturalmente, en sintonía directa con la tradición y la práctica periodística de Guatemala y del continente.

Al leer sus artículos literarios no se puede dejar de reparar en cierta «vaguedad espaciotemporal, en una imprecisión situacional que pretende resguardarse detrás de la ficción de lo poético y lo inefable. Ya sabemos, por alusiones deslizadas aquí y allá, que esta característica surge, obligada en parte por las incertidumbres del correo y el elevado precio de las comunicaciones telegráficas, elementos poderosamente disuasorios que excluyen toda una franja de la actualidad inmediata. Así pues, los acontecimientos debían ser evocados fuera de su cronología efectiva y servir, a la vez, de punto de partida para la variación puesta en palabras por el autor.

Este desfase entre pretexto y enunciado, es decir, la muy relativa actualidad de los artículos de Asturias, determinó asimismo la orientación de sus otros artículos, los de inspiración política en el sentido amplio del término. Los de 1925, sobre todo, tienen una elaboración y un estilo propios de estudios, de contribuciones científicas independientes de la anécdota, y cada vez que proceden a una referencia concreta puede decirse que llegan «a destiempo».

Esta preocupación –o falta de preocupación– respecto a la actualidad, estrictamente ligada a la ambición de hacerse reconocer como escritor y «maestro» y no como un vulgar cronista, otorga cierto sabor intemporal a los artículos de Asturias. Puede advertirse qué riesgos de «escapismo», de preciosismo literario y de retórica política podían ocultarse detrás de esta orientación, caso de que se

viera confirmada. La consideración de la curva descendente de sus artículos literarios y la actualidad cada vez más directa de los de inspiración política nos deja en claro el significado real del periodismo en la estrategia global de Asturias hacia el año 25. Por otra parte, con el correr del tiempo, incluso los artículos de inspiración y de contenido exclusivamente literario habrán de alcanzar una densidad y una belleza formal que los emparentan sin mayor esfuerzo con la producción considerada mayor de aquellos años, así como con su significado. Cada vez que la intertextualidad resulta particularmente evidente, queda señalada en las notas al texto preparadas por Gerald Martin; pero hay que subrayar, desde el inicio, la estrecha imbricación y la circulación subyacente que discurren sin bastidores ni compartimentación por toda la producción asturiana del decenio.

Entretanto, y de inmediato, Asturias procura identificarse con una lucha política y la generación que la lleva a cabo: a ello se debe que encare, en dos series de artículos, los problemas de fondo de la sociedad guatemalteca (*Las sociedades sin razón de ser,* nos 8 y 9; *Realidad social guatemalteca,* nos 19/21). Convendría añadir a estas dos series cuatro artículos sobre la Universidad Popular y un quinto sobre los problemas de la enseñanza. Todos los temas de su política quedan ya claramente enunciados: una *descripción* clara de la sociedad guatemalteca que implica un notable progreso en relación con las ideas expresadas en su tesis (escrita dos años antes), una evocación circunstanciada del *proceso histórico* que la ha conducido a su estado actual, los *medios* para rescatarla y encaminarla hacia el progreso, y, sobre todo, la *presencia* de una nueva generación, la suya, que aspira al cambio y al derecho de llevarlo a cabo. En estos artículos, Asturias enunciará las medidas apropiadas para conseguirlo: puede incluso afirmarse que son ellos una especie de larga variación sobre los males y los remedios del cuerpo social de su país. Pero, en general, sus propuestas no parecen sólo el fruto de una reflexión personal, sino más bien el eco y el desarrollo de una posición colectiva, precisamente la de su generación, de la que se convierte en paladín e ilustrador.

No se puede pasar por alto –aun cuando en este mismo volumen Cheymol hable de ello de una manera totalmente exhaustiva– los nueve artículos que Asturias dedica a su viaje a Italia, el primero que efectuó bajo los auspicios de Prensa Latina. Con todo, se puede señalar que:

– Italia, junto con la España de sus últimas crónicas del decenio, es el único país, el único desplazamiento que no se convierte de inmediato en un pretexto para evocar o apuntalar mejor sus preocupaciones nacionales. El centro del discurso es, y sigue siendo, Italia, con sus ciudades, monumentos y habitantes, vistos y trasmitidos quizá sin gran originalidad, pero con emoción. La emoción de alguien que descubre, a despecho del folklore de De Waleffe, así como de las pequeñas y grandes maniobras que se ocultaban tras la sombra de la latinidad, que se halla aquí uno de los polos de su identidad;

– en sus artículos sobre Italia, al lado de un modo muy a lo guía Baedeker para uso del lector avisado (estilo que nunca repetirá), se advierte que, para él, el problema de la latinidad no es una búsqueda de enraizamiento de tipo histórico, reaccionario, demagógico o literario, sino otra de identidad y de identificación que le preocupa, y que sabe formular aquí de manera todavía libresca. Asturias habrá de resumir esta preocupación con eficacia a su retorno a París, en ocasión del artículo que dedicará a León Pacheco:

> Estamos construyendo tradiciones dentro de lo que pedantemente se llama «la decadencia de Occidente» (p. 57).

Ahora bien, esta declaración se sitúa, *per se,* en antítesis total e irreconciliable con los surrealistas, quienes precisamente querían proceder a hacer *tabula rasa* de toda tradición. A ello se debe que la trayectoria de Asturias se inserte más en el seno de determinadas familias de pensamiento y no, como él mismo habría de pretenderlo después, en el –o al lado del– surrealismo. Es de notar que, a partir de este año, sus referencias parisinas jamás se vinculen con los grupos de la desacralización y de las «liquidaciones» perentorias, sino con el del *establishment* más ridiculizado y afrentado por ellos. Por ejemplo, el 1 de noviembre cita a Claudel con un respeto totalmente opuesto a la carta abierta que le habían dedicado los surrealistas el 1 de agosto de este mismo año. Los ejemplos podrían multiplicarse –y no seremos nosotros quienes dejemos de darlos–, pero ante la necesidad de saber con qué medios Asturias podía tener vinculaciones de orden ideológico continuadas, habría que responder que su proyecto y su trayectoria eran objetivamente opuestos a las vanguardias iconoclastas. Las distancias que establecerá con Prensa Latina no suponen que sus prioridades no sean de *construcción,* y en absoluto de *destrucción.* Las convergencias objetivas lo llevaron rápidamente, en el ejercicio concreto de la crítica, a acercamientos y relaciones que más tarde se apresuró a negar, pero que la prosa de estos artículos refleja con huella innegable.

1926

Tras el aprendizaje, acertado, de los artículos de 1924/1925, con su mezcla hábilmente dosificada de ficción y de realidad,1926 habrá de ser el año en el que Asturias impulsará esta fórmula exitosa hasta sus últimos resultados y consecuencias. Se afirma con una presencia media de uno o dos artículos semanales –en las columnas de *El Imparcial*– como una pluma amiga que filtra las novedades de París transmitiendo las más pintorescas (pero sin escándalos); a saber, las que «el medio» espera y está dispuesto a aceptar. Por lo demás, ningún esnobis-

mo o suficiencia, ni exceso de lenguaje o de situación, separa al informador de sus informados. Todo se dice, y deliciosamente, al modo de un «chisme» brillante, tranquilizador y como susurrado entre cómplices. En 1926, son muy numerosos los artículos de imaginación y de creación literaria, tanto en forma de breves relatos cuyas características son sensiblemente las mismas que las de los anteriormente citados, como en forma de reportajes –referidos en mayor o menor grado a la realidad y obedientes más bien a sus fantasmas–. En su conjunto, el número elevado de artículos de ficción y el tono de sus crónicas parisinas hacen más aceptable para el público del momento la otra serie, la de los artículos políticos. La prosa de éstos es más dura y sarcástica que la «científica» y un poco solemne de la serie política de los de 1925; adquiere un carácter y una virulencia más penetrantes y específicos. A partir de este año, Asturias utiliza París como un recurso cada vez más acusado y hábil, como pretexto para hablar de Guatemala. Después de un período suficiente de iniciación, que le permite valerse de sus experiencias parisinas sin por ello caer en el ridículo, Asturias comienza a utilizar uno de sus mejores medios de argumentación; a saber, la comparación entre París (en un campo particular, o a partir de un acontecimiento ligado a la actualidad) y la situación de su país. Los ejemplos siempre resultan bien elegidos, con un sentido de la oportunidad muy calibrado, pero se advierte de inmediato cuál es el juego al que se entrega Asturias, preocupado por deslizar mensajes que podrían resultar demasiado desagradables o por recordar verdades bastante duras de admitir, a través del sesgo de una experiencia directa y «de prestigio». Así pues, París no interviene sólo al nivel de la información, sino de la formación, ya que él lo convierte en la referencia habitual de sus parábolas. Asturias nos proporciona el ejemplo más evidente y logrado de esta manipulación en ocasión del viaje París/Niza (nos 71, 74), en el que las etapas y la compañía de Víctor Calderón le sugieren ideas muy oportunas y muy oportunamente formuladas sobre la reforma de los concejos municipales y la situación de la prensa en Guatemala. Pero París le sirve asimismo cuando le sugiere algunos artículos en los que apela al nacionalismo de sus compatriotas. Estos artículos cumplen con la función de develar, por antítesis, las heridas de su país, de permitir que se vea, sin elevar el tono ni enturbiarlo con expresiones demasiado personales, su imagen dolorosa; y todo esto sin insinuar el remedio, sino con una distribución de las tareas y una dosificación de los efectos que no se podrían considerar mero fruto del azar. Entre estos artículos, hay que citar sobre todo los nos 65, 66, 90 y 111.

Al presentarse de este modo como el revelador-testigo angustiado y avergonzado de las desdichas de su país, Asturias enriquece más aún el alcance político de su periodismo parisino, haciéndolo menos abstracto y más personal.

En cuanto a la actualidad política y cultural de París, no se puede dejar de indicar que es comentada por Asturias de una manera casi insignificante (nº 85)

o singularmente selectiva En efecto, no ignoramos que 1926 fue un año particularmente fértil en acontecimientos de los que Asturias estaba por cierto al corriente, ya que ellos eran la comidilla no sólo de las actualidades culturales sino de las novedades a secas. De toda la efervescencia surrealista, dadaísta, constructivista, etc., acompañada de los escándalos de que aquélla era razón de ser y pretexto, Asturias no referirá a sus lectores –en verdad que timoratos pero, como fuere, con derecho a saber más al respecto– sino las informaciones siguientes:

– triunfo del artista guatemalteco Garavito, que le permite hacer alarde de su orgullo nacionalista a la vez que introducir, por interpósita crítica francesa, un primer hito de atención en la apreciación de las culturas indígenas:

> [...] que oyen comunicados de ultratumba. Éxtasis de una raza que agoniza lentamente
> [...] artistas que [...] se destacan [...] hasta hacernos creer que [son] el producto de civilizaciones ancestrales (nº 55);

– un artículo de tono mundano bastante irritante contra el *jazz band* (nº 91), en el que admite, sin embargo, que esta música es reveladora de la identidad del negro a la vez que polo alrededor del cual éste debe permanecer para defenderla;

– dos artículos sobre el cine (nºs 83 y 114) que nos informan de sus gustos y conocimientos personales respecto de esta forma de arte, pero sobre todo de su conocimiento de la problemática del arte total, uno de los *Leitmotive* del momento:

> complicado organismo que pone en juego los hallazgos de la fotografía, el talento de los escenógrafos y las intrigas literarias de los escritores (nº 83)

El segundo artículo nos ofrece una primicia sobre la utilización que Asturias efectuará en su obra de las lecciones específicas ofrecidas por la técnica del relato cinematográfico, desde *El señor Presidente* hasta *Mulata de tal;*

– un artículo sobre Stefan Zweig, que debe ser situado en el mismo plano y que obedece a las mismas motivaciones que los artículos dedicados a Sux y a Godoy en 1925. Veremos cómo, más tarde, similar tratamiento le será otorgado a un activo poeta italiano, Lionello Fiumi, cuyo mérito, como el aquí puesto de relieve para Zweig, consistirá en ser un «mediador cultural». En efecto, en vez de presentar la obra de Stefan Zweig y analizar su importancia, comenta como único rasgo destacado de este autor el ser el introductor, para el público francés, de la literatura alemana contemporánea, en asociación con el *Mercure de France,* bastión tradicional de los escritores latinoamericanos en París.

Los artículos monográficos dedicados por Asturias a autores extranjeros son tan poco numerosos en esta serie, que resulta necesario prestarles atención especial y procurar descubrir sus motivaciones eventuales.

Desde esta perspectiva, hay que señalar que el artículo 99 está parcialmente escrito bajo la influencia de Freud, que, por lo demás, es aquí citado de manera especial. En cuanto a Zweig, Fiumi, De Waleffe, Sux y Godoy, nos dan pie para preguntarnos cuál era la experiencia efectiva de Asturias –al menos en los inicios de su estancia– del mundo intelectual y artístico de París. ¿Era directa o mediada? Un indicio, entre otros, nos conduce a creer que Asturias debía tener un conocimiento modesto y una participación casi nula en las querellas parisinas que encendían las discusiones del día. Por ejemplo, en este mismo artículo 99, Asturias cita a Gide y Martin du Gard, dos autores despreciados por las vanguardias, y algo después, en otro (nº 115), que hubiese agradado a los surrealistas por el tratamiento del tema de la muerte y de los cementerios, cita a su bestia negra, Barrès. Ahora bien, Asturias no podía ignorar que este mismo año, en ocasión de la muerte de Anatole France –otro autor vituperado que empero él cita con respeto–, Barrès y Loti (quien también será citado más tarde) habían sido objeto de un asesinato simulado, de esos a que tan afectos eran los surrealistas, y muy especialmente, en un texto de una virulencia inaudita: *Refus d'inhumer*. ¿Puede de ello deducirse que Asturias se desolidarizaba de los surrealistas? No del todo. Como dice Soupault citando a Desnos: «No participaba en sus discusiones». Creemos, además, que hacia ese momento tenía de todo aquello un muy modesto conocimiento, o un conocimiento por ambientes y personas interpósitos.

Prosiguiendo la búsqueda de indicios, surge algo interesante: una alusión a Diego Rivera (nº 55) y a su específica noción de la tarea artística nos permite comprender mejor con qué perspectivas e intereses podían evolucionar las preocupaciones estéticas de Asturias en 1926. Al comentar más tarde el gran premio de escultura otorgado al español Mateo Hernández en ocasión de la famosa exposición de Artes Decorativas (que habría debido suscitar en él algunas reflexiones y sugerirle informaciones para su público), nos permite precisar dos puntos esenciales (nº 57). Por una parte, sitúa en el mismo plano la herencia maya y la de las mayores civilizaciones del mundo (Asia, Egipto, etc.) y, por otra, insiste hasta la saciedad y la ingenuidad en Mateo Hernández como «artesano, obrero», en relación con los escultores de moda, «modeladores de migajones que mueven a risa». Si Asturias, entre las escuelas, los artistas y las tendencias, privilegia a aquellos y aquellas que invocan la tradición «clásica» y el *bello mestiere,* su opción estética se sitúa en contraste conceptual con, por ejemplo, la de los surrealistas, emparentándose estrechamente con la de los peores enemigos de éstos: el nuevo realismo, el *rappel à l'ordre,* los *valori plastici,* la escuela italiana de París (De Chirico y Savinio). La prueba de que este parentesco sorprendente no está extrapolado, ni es fortuito ni forzado, la da otro artículo (nº 82), en el que Asturias, anticipando ciertos desarrollos de la *Arquitectura de la vida nueva,* de 1928, teoriza una glorificación del deporte, los ejercicios físicos y el

coraje, versión behaviorista de las propuestas estéticas que acabamos de citar, compartidas por ideologías totalitarias aparentemente opuestas.

Esto supone que, en el fondo, Asturias no se identificaba con ninguna de las propuestas que estaban de moda, y muestra que, en cuanto a determinados temas, las convergencias objetivas se situaban muy lejos de aquellas en las que, *post factum,* pretenderá haber abrevado. Asturias tendía a un sincretismo total en relación con sus problemas de identificación cultural, de creación personal y de interpretación general de la historia, a partir de su «circunstancia» específica.

Desde el punto de vista político, en 1926 Asturias habrá de adoptar otra técnica de intervención en los asuntos de su país y, en vez de escribir artículos más bien doctrinarios como en 1925, analizará y ofrecerá sus soluciones para una multitud de problemas específicos de la vida social guatemalteca. Así pues, abordará, en un *crescendo* muy estudiado, los temas siguientes: Problema de la vivienda (nº 59), una editorial obrera (nº 64), reforma del sistema municipal (nº 71), libertad y pluralidad de los periódicos (nº 74), nueva orientación de la Universidad Popular (nº 114), periodismo viejo y nuevo (nº 80), deporte y mujeres (nº 82), educación (nº 84), interpretación de la historia (nº 101), folklore político (nº 112) y la nueva Universidad (nº 117).

La lectura continuada de estos artículos nos conduce de inmediato a la conclusión de que junto a sus análisis, colmados de propuestas concretas instadas por el buen tino y el patriotismo para contribuir a la modernización de Guatemala después de los veintidós años de la dictadura de Estrada Cabrera, se desliza otro «enfoque» de tales problemas; toma cuerpo, a través de apreciaciones paulatinamente más evidentes, otra aproximación. Este imperceptible cambio de registro es observable cuando se leen, uno tras otro, todos los artículos políticos del año, sin dejarse enredar por las diversiones de los reportajes de París o por los breves relatos con los que Asturias anima y da variación a su periodismo.

A la actitud casi impersonal –por «científica»– de 1925 le sucede, primero tímidamente y luego cada vez más acusado, el deseo de proponer sus soluciones. Y a tal deseo le seguirá, pronto, otra gama de impulsos que son la voluntad, el derecho, en suma el deber de hacerlo así. Cinco artículos nos permiten apreciar, en su complejidad, esta nueva actitud anímica, esta disponibilidad que, insensiblemente, deviene en un imperativo cívico lúcido y determinado. Se trata, esencialmente, de los artículos 79, 92, 94, 105 y 111.

En el primero *(Los nuevos ideales)* comienza afirmando:

> Quienes a menudo *hablamos** de ideales, estamos con la misma frecuencia obligados a definirlos.

* En las citas de Asturias los subrayados son nuestros.

y tras efectuar un largo análisis acompañado de propuestas concretas para todos los órdenes de la vida asociativa, termina diciendo:

> En este estudio no hay ideas originales. La originalidad fue preocupación de verbalistas. Se trata de ideas larga y amorosamente meditadas, cuya aplicación en el medio guatemalteco puede ser preciosa, ahora que *faltan* direcciones, en el momento en que se hunden para siempre los viejos soñadores de cosas imposibles y vienen a sustituirlos las generaciones que elaboran sus ideales de acuerdo con la *experiencia*.

¿De qué «experiencia» habla? Sin duda de la suya, que le proviene, por una parte, de su pertenencia a la generación del 20 y, por otra, de París. Asturias asume aquí un papel declarado de introductor y de divulgador de la modernidad, que resulta claro en la pedagogía concreta, y aplicada, de esta serie de artículos.

En el artículo *Hablando de la discusión* (nº 92) irá más lejos, al escribir:

> ¿Qué discusión cabe cuando sabemos que el gobierno conservador es exactamente igual al liberal [...]? Hay que predicar el franco entendimiento [...] en un país que necesita únicamente de la cooperación de todos.

Dos días después, sobre los escombros de esta liquidación de todos los viejos partidos, especificará en *Subrayando un tema político* (nº 94):

> La juventud que carece de urgencias estomacales para desear el poder, pero que en cambio ansía pesar decisivamente en los destinos patrios [...] debe organizarse [...] ¿Y organizarse cómo?: reuniendo a sus miembros. ¿Y reuniendo a sus miembros para qué?: para imponerse la alta misión de predicar una doctrina de concordia [...] El partido político de la juventud debe ser el de los menos [...] Formular un programa para esta agrupación [...] patriótica sería estrechar sus horizontes.

Más tarde, en vísperas de las elecciones presidenciales, preconiza y alienta el compromiso de todos los ciudadanos en ese momento crucial para Guatemala. Pero, de modo característico, lo hará aprovechando una ocasión «oblicua», es decir, una ocasión en la que les habla de otras cosas, pero en la que el marco y los participantes le permiten unas declaraciones que pueden tener alcance nacional ya que poseen, ante todo, una connotación continental, y de las que él se hace eco fiel e informado. Así, en *Comidas de estudiantes* (nº 111) escribe:

> La discusión versó sobre un tema por demás interesante: la necesidad de que las juventudes de América actúen en sus respectivos países, no conformándose, como hasta la fecha ha sucedido, con mantenerse en la oposición sistemática que nada logra ni construye nunca, o en la indiferencia cómplice de los crímenes de lesa patria que a diario cometen los políticos viejos. *Está bien que se dedique la juventud a hacer periodismo, a orientar por medio de la palabra, pero no sólo éste es su papel.*

> Para que su obra sea eficaz y trascendente es preciso que gobierne. Gobernar, he ahí lo que ahora corresponde a la juventud, y no se puede gobernar excusando responsabilidades, sino enfrentándose con la realidad. Para gobernar se necesita ir al gobierno y para ir al gobierno se necesita deshacerse un poco de una cantidad de prejuicios en cambio del gran bien que desde allí puede hacerse [...]
>
> ¿Cómo es que la juventud puede gobernar?... «Metiéndose», esta palabra hizo la delicia de la mesa. Hay que entrar al agua para nadar; de otra manera, y es lo que pasa con nuestras juventudes, sólo se hacen ademanes que desconciertan cuando no ponen a los que los hacen en ridículo, resultando que, en el momento verdadero, los antes en seco nadadores, en el agua se ahogan.

París, las solidaridades latinoamericanas reencontradas, las analogías generacionales, de pensamiento y de situación otorgan a la trayectoria personal de Asturias una investidura que supera la de sus compañeros de la generación del año 20. Se trata de un enfoque pragmático pero sin acomodos, realista pero nutrido por la reflexión y las experiencias continentales, del cual París era laboratorio a la vez que caja de resonancias sumamente significativa, como lo sostiene tan justamente Taracena aquí mismo, en este volumen.

Entre los textos notables de este año hay que reconocerle un lugar especial al relato breve *La venganza del Indio,* que constituye la primera célula de *Hombres de maíz,* publicado en 1949. Dejando de lado los problemas de filiación y de intertextualidad que este texto suscita, 1926 será también el año en que la relación indígenas/ladinos evocada en *La venganza del Indio* se enriquece con connotaciones hasta aquí ignoradas por Asturias. Por ejemplo, establece un paralelo sumamente rico en consecuencias entre «el envilecimiento del trabajador y la humillación del Indio», quizá también debido a sus lecturas del año (Vasconcelos, sobre todo, a quien cita con frecuencia).

1927

Durante el año 1927 la actividad periodística fue notablemente estable, con una media de uno o dos artículos semanales, distribuidos con equilibrio cuantitativo entre los de tema «doméstico» y los de tema parisino. Sin embargo, se podría descubrir una leve preponderancia de los artículos de interés guatemalteco, esbozo todavía vacilante de la inversión de tendencia que se hará manifiesta y apreciable a continuación y que habrá de revelar, mejor que largos desarrollos e hipótesis de tipo biográfico, el verdadero carácter y la finalidad de esta actividad del escritor.

Por regla general, lo destacable en 1927, en relación con los textos a los que hemos denominado de creación literaria de los años anteriores, es la gran calidad de su escritura. Carecen ya de la función apenas disimulada de relleno o de ejercicio virtuoso, lo cual, a pesar de las precauciones de Asturias, era su destino

y constituía su carácter; muy al contrario, en estos textos parece ya circular una nueva soltura estilística, y la presencia de una reflexión literaria, de un aprendizaje temático en el que se deja sentir, de una manera cada vez más deliberada, la reverberación de los movimientos de vanguardia de la época. No se trata, por supuesto, de meras imitaciones ni de ejercicios «a la manera de»; pero se siente que determinados términos sintomáticos, ciertos hallazgos –elegidos, por otra parte, con mucho sincretismo y desenvoltura– enriquecen el repertorio asturiano. Por ejemplo, en el artículo «Elelina» (nº 170) se advierte que el tratamiento del sueño es deudor de las teorías surrealistas:

> Y en el sueño, Elelina ordenó las pequeñas cosas grandes de su vida interior [...]; el sueño [...] deja que las almas se den cuenta de sus cuentas.

En el artículo *Grupos de sillas* (nº 174), el recuerdo de otra familia de pensamiento, la ligada a los italianos de París, De Chirico y sobre todo Savinio, es el que inspira la antropomorfización de los objetos. Por lo demás, éste seguirá siendo uno de los «recuerdos» parisinos más tenaces hasta su manifestación final en *Tres de cuatro soles*. Retorno al surrealismo por la brecha discreta pero sutil del tema de la transgresión, que habrá de ser una latencia inconfesada a todo lo largo de esta serie, pero central, por ejemplo, en el artículo *Jardines abiertos* (nº 168).

¿Y cómo dejar de pensar en la truculencia y en el escarnio *expresionistas* en la prosa de *Viejitos olvidados* (nº 160)? Todos estos textos atestiguan una gran madurez y recuerdan sin equívocos los temas y el estilo de la gran producción contemporánea: *Leyendas* y la primera parte de *El Alhajadito*. No es azarosa la insistencia con la que interviene el motivo del circo, aun cuando, aquí, ocupe un lugar más anecdótico que la significación que asume en los textos citados. La producción literaria de 1927 muestra el empleo y la indiferencia ideológica con la que Asturias trataba sus estímulos intelectuales. En verdad, se servía de ellos, en contraposición a aceptar ser «asimilado» por ellos. Esta libertad dice quizá más al respecto que sus declaraciones y tomas de posición sobre el problema de la identidad.

Este año es muy rico en estímulos que convergen en el discurso asturiano, enriqueciéndolo. Así, al lado del motivo del circo hay que citar el de la caricatura, que sus amigos Salazar y Maribona no sólo practicaban con enorme talento, sino que incluso habían teorizado. Resulta importante determinar la «fecha de nacimiento» de determinadas constantes de la escritura asturiana. Por ejemplo, la caricatura a lo Salazar le perseguirá siempre, tanto en la práctica del diseño «caricaturesco», al que nunca dejará de entregarse (y que exigiría un estudio particular a partir del Fondo de la Biblioteca Nacional de París), como en el tratamiento de determinados personajes de su teatro. Por ejemplo, su última pieza breve, *Amores sin cabeza*, no se inspira sólo en los dibujos de Margot Parker sino en las metamorfosis que Salazar hacía que experimentaran sus modelos.

Mejora el nivel de los artículos que hemos convenido en agrupar en el apartado de «Reportajes», a la vez que se aclara más su significación. Son menos anodinos y timoratos, y si bien las informaciones que ofrecen no son muy esclarecedoras para la realidad que pretendidamente describen, sí lo son para el autor, que en ellos se encuentra mejor captado e identificado. Aquí, Asturias comienza a dejarse fluir menos artificiosamente, y de ello se aprovecha para desarrollar un discurso directo o indirecto siempre significante y sin *forzatura*. En 1927, después de haber cumplido con sus galopadas de prueba, Asturias parece haber encontrado su estilo, una seguridad y un espacio literario y periodístico que manipula con soltura. Se siente que «el oficio», el ejercicio cotidiano de la tarea literaria y de la reflexión cultural, comienzan a dar sus frutos, y que acaba de inventarse un «tono» periodístico, que en lo sucesivo será el suyo. Entre los mejores textos de esta categoría citemos: *Cómo se emplea la carta que habla* (nº 123), *La derrota de los soldados de plomo* (nº 127), *Mediodía nocturno* (nº 130), *Manchita literaria* (nº 145), *Perros de colores* (nº 148), *Billetes de la Costa Azul* (nº 152), *Los pintores ambulantes* (nº 153), *Gaspar* (nº 154), *Las piedras enfermas* (nº 157) y *Fuegos de artificio en Versalles* (nº 165).

En todos estos textos, a medias inventados y a medias provocados por la actualidad (pero una actualidad siempre des-realizada), Asturias establece una complicidad a *mezza voce* con el lector, quien debería tener el sentimiento de compartir, gracias a una escritura singularmente elaborada, las sensaciones, impresiones y vibraciones del autor, de no recibir un simple mensaje, una información, sino de participar en esta particular metamorfosis de lo real hacia lo imaginario, operación a veces magistral que Asturias realiza aquí con acierto y justeza de tono. Hay sin embargo, aquí y allá, tomas de posición, declaraciones que se cuelan en los meandros de un artículo y que nos informan con menos imprecisión sobre las huellas parisinas plasmadas en sus artículos. En ocasión de uno de sus raros y efectivos artículos sobre la actualidad cultural –¡y qué actualidad, ya que se trata de una representación de los famosos *Ballets russes* (n 164)!–, Asturias nos ofrece, en dos frases, una de las claves de su visión. Estas dos frases, situadas al comienzo y al término del artículo, parecen sintetizar, de manera totalmente coherente y lúcida, el lugar y el sentido que esta actualidad cultural suponía para él:

> El teatro lleno. Público tan bueno que, ante otro, estas representaciones parecen *imposibles* [...]
>
> Y en un automóvil regresamos corriendo para no detenernos en la noche *inútil*.

Entre el *incipit* y el *excipit* del artículo, Asturias acumula toda una serie de informaciones y de descripciones, bastante banales, sobre los ballets de la velada. Pero he aquí que esas dos frases parecen decir que si él no se mostraba suficientemente dispuesto a enviar a su querido público muchos artículos sobre

temas que parecían «imposibles», ello se debía a que también los consideraba más bien «inútiles». La actitud de Asturias ante la rica actualidad parisina no es sólo prudente, sino que corresponde a un deseo de huir como de la peste del esnobismo, la suficiencia, el folclore y, más aún, la fanfarronería a destacar en muchos de los artículos de sus colegas sobre estos mismos temas.

Es evidente que Asturias procura hacer participar a sus lectores, por vía indirecta y accesible, del sentido y las enseñanzas de las experiencias diversas y contradictorias que él vivía. Sin embargo, no se atrevía o se negaba a relatar lo pintoresco y lo exótico que las envolvía. Y de ahí una complicidad ambigua y cierta familiaridad permanente, como si acabase de dejar su Parroquia y se viese muy acuciado por dar a conocer sus experiencias, con los ojos clavados no sólo en la anécdota que genera su artículo, sino en todos aquellos dispuestos a leerlo. Esto confirma, a través de otro sesgo, que esta actividad de Asturias no era marginal ni únicamente alimenticia, sino que cumplía con la función capital, con la misión secreta de *vehicularlo,* de proponerlo-imponerlo entre sus conciudadanos. En tales condiciones y en el seno de este proyecto, se habría considerado extravagante, e incluso peligroso, singularizarse en exceso respecto a su público. Ser o parecer muy informado, participar en unos movimientos de vanguardia y en sus excesos, vivir y transmitir una experiencia sin vinculaciones directas con sus lectores, podía alejarle del universo en el que deseaba actuar y, en el fondo, perjudicarle en la continuación de la otra finalidad de su actividad periodística que apuntaba de manera más directa a los problemas políticos de su país. Las referencias a ideologías extranjeras y a experiencias propias de otras latitudes, en vez de ayudarle podían menoscabarle, y a ello se debe que suela recurrir con frecuencia –algo que no es sólo una cláusula de estilo o una precaución– al ejemplo de Vasconcelos y a la ideología de la Revolución mexicana. Esta actitud era, evidentemente, fruto de un cálculo hábil y lúcidamente planteado; era, sobre todo, la búsqueda de una autenticidad cuyos deberes habría de explicitar precisamente en un artículo de este año 1927, en ocasión de la publicación del libro de Maroff: «*Suetonio Pimienta*» (nº 137). En este texto, verdadera declaración de intenciones y breviario de conducta para intelectuales en el extranjero, afirma, entre otras cosas:

> Nos duele llegar a convencernos que América es ese literato que, confiado en la amistad de unos cuantos periodistas miserables, hace y deshace famas, aumentando como la espuma de jabón la suya personal; ese poeta que traslada al español lo que ha podido pescar en los versos franceses; ese sociólogo o filósofo que hace descubrimientos en la filosofía alemana para después engañar a los otros, dándolos como propios y concluyendo por engañarse a él mismo; ese profesional mediocre que vuelve a su tierra natal con el título de París, «el tamborcito», y lo cree resuelto todo.

La relativa escasez de noticias y de crónicas relacionadas directamente con París es, pues, una determinación deliberada, la opción de alguien que se inte-

rroga por la naturaleza exacta de la sociedad donde ha nacido (*Hacia una patria mejor,* n 135, y *El margen nacionalista,* n 146) y por el lugar del intelectual, del artista, en el seno de esa sociedad (*Premios literarios,* n 134).

Será precisamente en 1927 cuando Asturias, después de haber aludido a ella de una manera bastante tímida e inorgánica, expondrá su idea del «mestizaje», al que considera la verdadera realidad histórica y cultural de su país, síntesis e ideal al que deben apuntar los esfuerzos de todos los guatemaltecos. Esta idea de mestizaje dominará y otorgará unidad y coherencia al conjunto de todas sus actividades. Alrededor de este nuevo equilibrio se ordenan armoniosamente las respuestas que está madurando, bien como escritor, bien como hombre político. Los resultados de su escritura no podrán ser puestos en duda, pero, por el contrario, las ambiciones del político y del ideólogo atraerán pronto las burlas de amigos y enemigos, por ser las posiciones maniqueas las de más fácil ataque y defensa.

Merced a este nuevo instrumento de interpretación de la realidad social de su país, le resulta más factible mencionar el papel de cada clase social, así como las reformas a que cada sector va a tener que abocarse para lograr ese equilibrio intraétnico del que Guatemala se halla tan lejos, y que es causa y efecto de sus males endémicos. Al expresar la formulación lúcida del ser profundo de Guatemala –y, aquí, las lecciones de la escuela de etnología de París, así como las del surrealismo, de la «*negro renaissance*» y de los amigos mexicanos y peruanos que frecuentaba, debieron actuar con un peso y una fecundidad totalmente ejemplares–, Asturias no consigue únicamente crear la prosa indoespañola de sus *Leyendas* y presentar con mayor habilidad sus sugerencias políticas: otorga una coherencia global a su proyecto vital, hace concordar todas las instancias de su vida hasta entonces medianamente desarticuladas, da unidad a la gama tan diversa de sus actividades; en suma, ya habrá conquistado su autenticidad.

He aquí por qué los artículos más directamente políticos de este año parecen diferentes de los que había escrito en los años anteriores (sin hablar de la tesis, que conceptualmente se encuentra a años luz de este nuevo Asturias). Sus amonestaciones, sus análisis son efectuados ahora a partir de una referencia ideológica precisa, la noción de *mestizaje,* biológico y cultural, que los hacen mucho más persuasivos y coherentes.

Por ello, si bien retoma incansablemente sus planteamientos, para que la educación y los estudios no se hallen «en desacuerdo con nuestra manera de ser y que no contribuyan a mantener separadas las partes que forman la población de Guatemala» (n°s 133, 138, 144 y 183), insistirá de una manera completamente nueva en la descripción y la aceptación de la identidad nacional (n°s 135, 140, 146, 151, 155 y 177). Si se quiere captar la diferencia que existe, conceptualmente, entre el Asturias de 1927 y el de los años anteriores, no hay sino que remitirse a los artículos de 1925/1926 sobre los componentes indígena y español de tal identidad. A partir de un tono bastante dubitativo y restrictivo, de una

aceptación «arqueológica» e histórica del pasado (y sólo del pasado), ha evolucionado ahora hacia una noción lúcida y positiva del presente. El cambio es importante, y resulta fundamental para la crítica asturiana otorgarle esta fecha de nacimiento, 1927, en vez de 1949, año «conocido» de la publicación de *Hombres de maíz,* en el que esta síntesis según sus críticos parecería haber tenido origen.

Reléanse, por ejemplo, las frases que siguen. Aquí es donde este nuevo equilibrio, esta nueva aceptación son formulados de una manera que servirá de orientación a Asturias durante toda su vida:

> Observemos un instante [...] el paisaje de nuestros bienes espirituales en el pasado. Dos colores distintos saltan a la vista, separados, alejados uno de otro, para luego en pequeñas gradaciones fundirse en un primer, en un segundo y en un tercer y cuarto encuentro, hasta resultar de ellos en la zona intermedia un nuevo color. ¿Cuáles son los dos primeros colores? ¿Cuál este último? Los primeros colores son el haber espiritual del indio y el haber espiritual del español. Y el color que nos da la mezcla de éstos, es el haber espiritual del mestizo que recibió y fundió el alma de dos razas [...].
>
> De esta mezcla de español e indio, que todavía no concluye [...] salieron las obras más claras del ingenio americano [...]. Su visión de las cosas es la que nosotros reclamamos a los hombres que gobiernan y gobiernen el país [...]. Mientras pueblos sin tradición buscan insistentemente a construirse un pasado, los guatemaltecos diríase que nos hemos propuesto olvidar hijos de quién somos (nº 151).

> El español arrastró al indio a la mina, nosotros quisimos arrastrarlo a la ciudad. La separación que ya existía entre el indio y el ladino, se ha hecho más honda como resultado [...] de un sistema [...] que al igual de un virus, tiende a destruir el organismo nacional [...] Guatemala se salvará si reformamos dicho sistema (nº 133).

> ¿Qué nación puede fundarse [...] [sin] eso que forma el alma popular de un pueblo, levadura sagrada que los siglos amasaron? (nº 138)

Paralelamente con esta nueva conciencia, y con toda seguridad autorizado por ella, en tanto que hacia el 25 y el 26 anunciaba con cierta timidez y de una manera impersonal la misión política de las nuevas generaciones, precisa ahora su pensamiento y lo asume, *in proprio,* con valentía y abiertamente. Proclama sin rodeos un análisis muy crítico del poscabrerismo, pero, sobre todo, la exigencia de cambio que sus amigos y él mismo representan. Contando con la expectativa de las elecciones, y con un vigor y una beligerancia desconocidos hasta aquí, concluye:

> Con la caída de Estrada Cabrera se inicia en Guatemala una lucha sin cuartel entre dos tiempos, entre dos ideologías, entre dos generaciones. [...] de los que se satisfacen con postulados [...] jamás llevados a la práctica y la de los que exigimos su realización (nº 140).

Ahora bien, al hallarse esta exigencia bloqueada por la evolución política concreta del país, Asturias escribe toda una serie de artículos muy directos, muy militantes y de un estilo mucho más contundente que el empleado en los dos años anteriores, no sólo para describir las taras del antiguo régimen y sus profundas repercusiones en Guatemala (nos 166, 177 y 183), sino sobre todo para denunciar y fustigar el juego de manos dispuesto a perpetuarlas (nos 141, 150, 163, 171, 173 y 176). Aquí mismo Taracena señala que la traición de los intelectuales dio inicio precisamente en ese año, y que la generación del 20 comenzó a dar cauce a sus «acomodos». Si se leen sus artículos de un tirón y siguiendo la estrategia que Asturias quería que revelaran cuando los escribía, se comprenderá que el sentido mismo de todos ellos se encuentra en el hecho de que el autor se siente visiblemente maduro para jugar un papel diferente al del historiador, el cronista, el maestro que piensa «desde lejos», el *contemptor temporis acti atque praesentis*. Naturalmente, esto se produce de manera gradual, sin apresuramientos, tanto por razones vinculadas a la situación de su país y a condicionamientos familiares como por temperamento. Pero de aquí en adelante, este joven de 28 años se siente personalmente requerido, porque si bien en un artículo de 1926 había hablado ya del porvenir político de su generación, en 1927, refutando con antelación los recelos de la Parroquia, nos sitúa involuntariamente en la pista acertada, ya que, tal como reza el refrán latino, *excusatio non petita, accusatio manifesta*. He aquí el dato que nos faltaba:

> [...] me asalta entre otros temores, el de la incomprensión de mis conciudadanos [...] Advierto que no soy político, que no pertenezco a ningún partido político y que estos asuntos los trato y estudio por el placer de *exponer* al público cuestionarios que lo llamen a *reflexionar* sobre problemas que no se resuelven publicando el retrato de un caudillo o diciendo discursos. La oratoria es entre nosotros una evasiva hacia la *inacción* (nº 155).

1928

Es éste, desde todas las perspectivas, el año clave, el año revelador por excelencia. Echemos ante todo un vistazo a nuestras estadísticas: acentuándose de manera muy acusada la tendencia que habíamos visto abrirse paso lentamente durante los años anteriores, en 1928 la actividad periodística de Asturias es más rigurosa, más funcional: muestra, casi sin pantallas o máscaras, sus objetivos fundamentales. Los artículos de diversión, aquellos a los que hemos llamado reportajes de y sobre París, son mucho menos numerosos (20), mientras que los dedicados a los problemas de Guatemala toman la delantera y se convierten, prácticamente, en los protagonistas absolutos del discurso asturiano (38). Por otra

parte, los artículos de viaje (12) –y éste habría de ser un año de viajes importantes– son utilizados en su totalidad para ilustrar, podría decirse que para servir a esta temática. En este año, esta última encuentra su formulación definitiva (dentro de la economía del decenio aquí considerado), su planteamiento ideológico óptimo. Así pues, nada de distracciones, ni para él ni para el lector que habrá de hallar, a todo lo largo de este año, únicamente variaciones bien dosificadas y sobre todo bien planteadas de la misma preocupación. Los viajes se prestaban admirablemente para quebrar la monotonía que hubiese podido nacer de la insistencia en el tema político respecto a las facetas tan diversificadas de la producción anterior.

Podría también considerarse 1928 como el año referencial: el que muestra, por una parte, la culminación de su aprendizaje parisino, la utilización consumada de sus experiencias «extramuros» y, por otra, el paso, el cambio de registro de una actitud de descriptor e informador a la de orientador explícito y militante.

Desde ahora, esos dos aspectos que coexistían con anterioridad seguirán coexistiendo después de 1928, pero, en este año, la frontera entre ambas trayectorias resulta muy claramente señalada, no sólo en cuanto a los hechos sino también respecto a las declaraciones. Asturias salva una etapa e ingresa en otro territorio, que ya no es el del simple periodista de los comienzos, y lo hace con plena lucidez advirtiendo, incluso, al lector. En efecto, cuando inaugura su nueva rúbrica «Ojo Nuevo», especificará:

> En Guatemala [...] la información y la adoctrinación se buscan en el periódico y, por consiguiente, no concibo la hoja diaria sin este doble carácter [...]
>
> Al sacramental «pase adelante el que sigue», entré en un periódico y no pude menos que sonreír. No lo tenía entre los temas que hacían antesala ni me lo esperaba; sin embargo, era su turno y no lo pude rechazar. Le tomé el pulso, le pedí que sacara la lengua, y arrugando el cuero de la frente, hablé (n 244).

Resulta curioso, incluso en la lógica del diálogo escritor-lector establecido desde hacía cuatro años de frecuentación recíproca, que Asturias llegue a esta precisión como si se viese acorralado, como si la noción de periodismo que practicaba *de facto* a partir del inicio de su colaboración en *El Imparcial* necesitase ahora ser mejor delimitada y redefinida.

1928 es asimismo el año en que el viaje, los viajes, en tanto que descubrimiento, confrontación e intercambio, ofrece sus frutos con mayor claridad, proponiendo enseñanzas más fecundas y directas.

Y es también sorprendente poder establecer una especie de sincronismo entre sus movimientos espaciotemporales y el enriquecimiento, la progresión ideológica que surge de sus artículos. Así pues, bastará con seguir sus periplos, Rumania, Cuba, Guatemala, España y retorno a París, para advertir cuál es el doble viaje al que Asturias nos hace asistir.

Rumania. Los tres artículos que le dedica (nos 189, 190 y 193), muy largos por lo demás, llaman la atención por varias razones. En primer término, por su escritura sutil, chispeante, iconoclasta. Ya se ha señalado que todos los textos de creación y los reportajes de 1927 eran de gran belleza literaria, y que dejaban sentir la proximidad y la asiduidad del autor de los textos «mayores» ya en cierne. Volvemos a hallar aquí esta calidad, esta libertad, que resulta aún más notable si se comparan estos tres artículos con los correspondientes al viaje a Italia. Parecería no intervenir ya la tradición modernista, sino, por el contrario, que la misma hubiese sido reemplazada por el escarnio surrealista y la insolencia de las vanguardias. Asturias deja de estar preocupado, como no mucho antes, por el deseo de describir y, eventualmente, juzgar una realidad en la que se encarna uno de los nudos esenciales de la historia occidental, lo que exige, a fin de cuentas, un esfuerzo de erudición totalmente intimidatorio, por lo que su prosa «italiana» deja entrever más el Baedeker (a excepción de algunos fucilazos) que una reflexión personal original. Pero, en 1925 Asturias era apenas un debutante, y es de comprender su reacción ante la complejidad histórica italiana, a lo que se añadía la de su situación política y la ambigüedad de la doctrina de la «latinidad» a ella incorporada, cuyos fastos este viaje celebraba.

En Rumania, su única preocupación consiste en lograr transmitir la intensa vibración que la tierra y los hombres le suscitan, a través de un proceso de identificación que, más tarde, habrá de experimentar importantes desarrollos que aquí tienen su origen. Liberación libresca, simplificación temática y escritura automática (que hace aquí sus primeras apariciones) le inspiran páginas sumamente notables y vivas, en las que hallamos, en *avant-première,* la famosa frase entrecortada tan cara a Asturias, así como un estilo que recuerda sus mejores páginas. Los ejemplos son tan numerosos que no podemos sino solicitar al lector que proceda por sí mismo a este descubrimiento, fundamental en el itinerario literario de Asturias.

Esta liberación del estilo es acompañada –y ello resultaba inevitable– por otra, la de su compromiso con Prensa Latina. Si en Italia había escrito, mal que bien, algunas crónicas y dado cuenta de los programas que habían salpicado su estancia, aquí rinde testimonio de ello de una manera alusiva, como si procurase ocultar la compañía y las finalidades del viaje. Acabará incluso por declarar, y es de imaginar cómo debieron de sentar estas líneas a Maurice de Waleffe:

> La única utilidad práctica de estos congresos, es fácil deslindar. Por ellos, se conocen grupos humanos y se hacen amistades que llegan a ser caras y sabrosas como el vino viejo (nº 190).

En cuanto a la famosa ideología de la «latinidad», en Rumania, contrariamente a lo que había hecho en Italia, nunca habla directamente de ella, y cuando se le quiera hacer referencia a la herencia latina de Rumania, exclamará:

> –¿Ha visto usted los restos del puente de Trajano? –Si mi bella y ocasional acompañante…
>
> *–¿Y qué piensa usted?… –Tanto como pensar, nada.* Siento admiración por todo esto (n 189).

No podría uno definirse mejor ante los *restos umbilicales,* tal como él los denomina más adelante en este mismo texto. Se advierte claramente la realidad estilística de esta evolución, pero no se podría minimizar su alcance conceptual.

Cuba. Después de a Rumania, Prensa Latina organiza un viaje a Cuba, y aquí nos enfrentamos con una confirmación definitiva del valor iniciático de estos viajes, que se hallan lejos de ser la simple ocasión de unos encuentros, tal como él había afirmado irrespetuosamente en Rumania. En este distanciamiento demasiado brusco debieron intervenir dos motivos subalternos: por una parte, el temor a ser absorbido y confundido en las estrategias de Waleffe y, por otra, la preocupación de dar a conocer y reivindicar el pleno ejercicio de su libertad, y por consiguiente quedar exento de toda sospecha de adhesión más o menos interesada. En realidad, los viajes de Prensa Latina son las estaciones de un itinerario interior cuyo alcance Asturias quizá no llegase a medir con exactitud, pero que una lectura comparada de sus crónicas de viaje nos señala sin el menor equívoco. Desde esta perspectiva, Roma e Italia eran la búsqueda «arqueológica» de sus raíces, y Rumania el reconocimiento de una comunidad no sólo cultural sino antropológica, el descubrimiento de una coincidencia de estilos de vida que, en 1962, le llevará a dedicar un libro a ese país: *Rumania, su nueva imagen,* continuación lógica y poética de la primera intuición de 1928. Cuba será la confirmación, la prueba *in re* de la teoría del mestizaje a la que recientemente había llegado. Confirmación a la que procede a partir de una diferente dosificación racial de la «mezcla», y que por consiguiente adquiere el valor de un principio fundador objetivo de su pensamiento. Este momento es capital porque la comprobación, llevada a principio, de que la fusión de razas es en Cuba un resultado concreto y logrado, habrá de tener consecuencias en varios planos. Asturias acaba por diferenciarse de manera muy visible de la ideología de la «latinidad», por ser su visión de la situación latinoamericana un desarrollo heterodoxo sin verdadera relación con las propuestas restrictivas del grupo, vinculándose más bien con la de su amigo Haya de la Torre. Este viaje implica el final de todo complejo ante las suficiencias europeas, y francesas en particular. Por último, el descubrimiento de la realidad multirracial de La Habana habrá de constituir el *introitus* providencial para explicitar y aplicar este nuevo concepto a la realidad de su país. El *crescendo* ideológico de sus viajes corre parejas con el *crescendo* de sus desplazamientos, el viaje interior coincide con el de su cuerpo.

Nunca insistiremos suficientemente acerca de la importancia del viaje a Cuba. En efecto, la confirmación que representaba para él el contacto directo con una sociedad que se correspondía exactamente con su nueva opción antropológica constituye un antídoto apropiado para los temores inconfesados e inconfesables que debía sugerirle su reciente orientación. Al respecto, es preciso leer con atención los momentos importantes de este viaje (artículo 198 y, sobre todo, el 199), salpicados de una terminología tanto más notable («indohispanos») cuanto que surge en ocasión de un viaje realizado bajo el sello de la «latinidad».

Sus posiciones habían evolucionado a partir de la tesis y de sus primeros artículos; ya señalamos sus síntomas conforme Asturias nos ofrecía su testimonio, pero sabemos que esta orientación, esta nueva aprehensión de la realidad guatemalteca le había llegado *per viam doctam*. Así es como procedería, en 1928, a la única alusión directa al curso del profesor Raynaud, en La Sorbona, sobre la antigüedad mesoamericana y, en 1927, citaría «de paso» el *Popol Vuh* y las grandes tradiciones culturales de la América prehispánica. Pero al correr de la lectura de sus artículos se experimenta algo así como un temor, una vacilación ante el deseo de proyectar hacia la actualidad el esquema que convenía admirablemente al «mito» de la cultura latinoamericana y a su actual encarnación. En efecto, esta operación tropezaba con los prejuicios, con los recuerdos y con su experiencia de «ladino». Cuba le cura de este temor e invierte la tendencia que no era hasta aquí sino una adquisición puramente intelectual. Ahora se tratará, por el contrario, de orgullo y triunfalismo: *América para la humanidad* (nº 199).

> Países en plena florescencia donde se mezclan todas las razas, y donde los hombres olvidan la preocupación de las fronteras, de las banderas y de los nacionalismos.

Ya señalamos la belleza y la novedad literarias de los artículos escritos para Rumania. En Cuba, la carga emocional del descubrimiento cultural de que acaba de ser testigo deja en segundo plano la preocupación por lo literario, y Asturias manifiesta casi de primera instancia tan intensa participación.

Los artículos sobre Cuba están salpicados de metáforas eolias, que transmiten incluso estilísticamente el nuevo sentido de liberación, contrariamente al ámbito farragoso, falto de aire, con que habrá de describir de inmediato a su Guatemala. Por supuesto, estos viajes tenían una consecuencia muy real, y el nuevo tono de triunfo, el calor nada habitual de sus crónicas cubanas son la muestra de alguien que ha buscado –sin creérselo demasiado– y, por último, hallado y confirmado la explicación que responde a la situación personal y colectiva a la que pertenece. Ahora bien, él celebra las virtudes de esta explicación ante un microcosmos, el de sus amigos de Prensa Latina, de la cual los latinoamericanos se sentían un poco los parientes pobres, o los parientes por alianza indirecta. Estos parientes pobres descubren que sus hipótesis eruditas, que constituyen un caso complejo

deudor no sólo de la herencia latina sino de otras raíces igualmente gloriosas, corresponden a una realidad concreta y viva, ejemplar.

Guatemala. Retorno al país natal y cambio de tono respecto a Cuba, pero continuidad con la imagen que perseguía en sus artículos para *El Imparcial:* cronista literario, *magister* de las ideas y del cambio, vocero prudente, pero manifiesto, de un proyecto político inmediato y concreto.

La serie de artículos que Asturias escribió durante su estancia en Guatemala, que se sitúan exactamente en la mitad de este decenio, son plenamente reveladores de la polivalencia y de la plasticidad de su personalidad, que tenía que adaptarse a las leyes no escritas de la Parroquia y que lo hacía con un extraordinario sentido de la oportunidad. Comienza por un homenaje a la religiosidad de su país, y su muy hermoso artículo *Horas grandes* (n 202) nos devuelve a la serie *Semana Santa* (publicada aquí en apéndice), como si quisiese retomar la visión de sus inicios y recomenzar *in situ* con una contribución que tranquilizara y no desorientase al lector. Homenaje, quizás, a los sentimientos de su madre. Sigue con un artículo histórico a la vez que programático sobre la Universidad Popular (n 205), que resume ampliamente la doctrina de sus fundadores y procede a un balance de sus realizaciones. Este segundo artículo cumple la función de volver a soldar sus vínculos con la generación de 1920, recordar la continuidad de su pensamiento y la fidelidad a una pertenencia, así como el primero tenía que confirmarlo como partícipe de un patrimonio de sentimientos y de prácticas de los que la estancia parisina no le habían apartado en absoluto.

Sin embargo, un mes después propone *Un ensayo de avance* (n 206), primera muestra de la serie *La arquitectura de la vida nueva,* en la que, con un título muy a lo Valéry, y después de algunas precauciones oratorias, apunta claramente su intención de dar a conocer a sus conciudadanos que lo que allí afirma es el anuncio de una praxis y no solamente el enunciado de una hipótesis. Ahora bien, estos artículos no sólo serán publicados sino que le darán la ocasión de dictar una serie de conferencias que tendrán gran repercusión en el país:

> Cómo debe construirse la vida nueva, en qué forma, de qué manera, con qué elementos, cuáles de los antiguos hay que desechar, cuáles hay que aprovechar, cuáles mejorar, cuáles que destruir (nº 206).

Asturias entra aquí *in medias res,* asimila su función a la de un introductor e ilustrador de la modernidad, papel que no sólo sería una continuación de los otros, sino que los sobrepasa, modificando radicalmente su discurso:

> El teatro de la Opera de París está cubierto por una campana de cristal, un techo que se levanta cuando se hace el aseo del edificio. Así debía ser el techo, la cúpula de nuestra vida, movedizo, fácil de alzar para mudar aire, cambiar luz y deshacerse de las ideas hechas (nº 206).

La evidencia del nuevo papel de maestro de la juventud salta a la vista, pero él la envuelve en generalidades tanto más notables cuanto que se emparentan con el arsenal tradicional de la inteligencia guatemalteca. Cita a Valéry, Platón, Ibsen y Freud, y termina hablando de Rodó. Si bien describe el mundo y la vida del hombre «en el orden de las ideas y en el orden de los sentimientos», consigue introducir unas ideas que, incluso con el ropaje estilístico tranquilizador con que las adorna, debieron parecer muy revolucionarias respecto a los *idola tribus* ambientales:

> ¿Pero es posible, nos preguntamos, que toda esta maravilla de naves y ventanas, que todo este conjunto seguido de columnas, que toda esta granazón de cornisas y atrevidos ángulos y cortados techos y abiertos arcos, tengan cimiento en el oscuro del hombre?… Tres humillaciones ha sufrido el egoísmo humano: Copérnico destruye la ilusión de la tierra como centro del universo; en su biología, Darwin establece que el hombre, rey del mundo animal, no es más que un animal evolucionado; y Freud, en su psicoanálisis, que la vida afectiva del hombre no está del todo sometida a su voluntad. Hay algo que escapa, algo oscuro… (nº 208).

Ahora bien, esta profesión de fe universalista toma un muy curioso sesgo e indica una opción radicalmente americana cuando Asturias aborda el problema de saber qué «ideal de belleza» es conveniente para este proyecto de arquitectura de la vida nueva, los arquetipos y los estereotipos a los cuales tiene que referirse y remitirse su auditorio:

> Para mí, cada hombre trae una definición de la belleza que no cambia por otra, *porque no puede,* como no podría cambiar su corazón. Esto nos hace poco sensibles a la belleza de los mármoles que con tanto amor conservan los museos de Florencia o Roma [...]
>
> [...] pensamos y sentimos con el tipo de belleza indohispánica *que se está creando.*
>
> [...] Acaso no habíamos nunca reflexionado [*¿quién?, ¿él?*] que el tipo de belleza que define nuestro concepto de lo bello, es el tipo maya, o bien, por razones étnicas de origen más próximo, el tipo español. [...]
>
> [...] el hombre que vendrá [...] debe apartarse del tipo de belleza antiguo [es decir liberarse de la tutela del mito cultural grecolatino] y de los que no corresponden a las dos raíces étnicas de nuestro pensamiento maya y español (nº 208).

Para justificar este cambio de perspectiva, totalmente opuesto a las ideas en curso y a su propio «ideario» anterior a la estancia en París, dice:

> Lo que más llama la atención [...] *después de algunos años de ausencia,* es el tipo de mujer criolla, porque recuerda perfectamente el de las esculturas mayas [...] Los únicos museos [me decía un amigo] que visité complacido fueron los de España. Y es natural. El tipo de belleza de mi amigo se sintió estimulado, pagado, recon-

> fortado en los cuadros de los célebres pintores españoles [...] Los únicos santos lindos son los de Guatemala [me decía una amiga] [...] El tipo de santo francés, verbigracia, no nos satisface porque está lejos *de nuestro ser* (nº 208).

Tras haber acumulado todos los hitos necesarios para su conclusión, y precisado de una manera que no podría ser más perentoria su liberación de los modelos extranjeros –tanto los de la venerable tradición clásica como los de la metrópoli cultural en la que hacía su aprendizaje–, llega a la necesaria afirmación final, que otorgará su sentido verdadero a las anteriores, a la vez que predominará sobre la globalidad de su discurso. De manera característica, Asturias emplea una referencia «oblicua», es decir, un ejemplo, una metáfora retóricamente aceptable, con el fin de insinuar una verdad primaria que, en verdad, no lo es:

> Un chiste viejo que viene a cuento es el de aquel borracho a quien decían que de haber dos ríos, uno de coñac y otro de vino, de cuál de los dos bebería. La respuesta es sabia: de ninguno de los dos. Buscaría la confluencia (nº 208).

Y cierra estos dos discursos mostrando, a través de un atajo muy hábil, que todo confluye y se sostiene, y que sus afirmaciones de orden general poseen una connotación y una función exactas y necesarias y, como en una especie de testamento, declara, descubriendo así que no sólo quería elaborar un discurso sino un programa, que:

> Os dejo ya, y no sé si para mucho tiempo. La *arquitectura de la vida nueva* reclama horas nuevas, mejores y más caras para Guatemala. Vosotros tenéis el compás de esas horas. Quiero creer que estoy delante de una juventud joven, ¿me entendéis?, sorda a los halagos de un positivismo liberal individualista que degeneró en pragmatismo conservador; sorda y osada, osada y terrible; *sin orientación en la lucha*, pero con un sentido de la realidad que le pide sangre al espíritu y espíritu a la sangre de la raza *para salvar la tierra, y con la tierra, la cultura y con la cultura, al hombre* (nº 208).

El ciclo se ha cerrado. En efecto, no se podría comprender el alcance de esta frase sin relacionarla estrechamente con el artículo publicado el 12 de mayo (nº 207), pero fechado el 8, que nos muestra a Asturias dispuesto a asumir la responsabilidad directa de su «predicamento», la de una reforma agraria efectiva y la de un partido político que tendría que ser fundamento y estructura de la nueva arquitectura social de su país.

En efecto, volcándose sobre el problema de la tierra, su nacionalización, su defensa y su recuperación, y declarando:

> El problema de la tierra, que es por excelencia el problema de Guatemala, debe estudiarse a fondo y resolverse pronto de acuerdo con el problema escolar y el problema de la cultura, que es el otro aspecto de esta cuestión (nº 207).

Asturias supera aquí los postulados de Vasconcelos, se acerca a Haya de la Torre, pero, en todo caso, no preconiza ya una solución de los problemas sociales y económicos únicamente *a través de la educación*. En este mismo texto propone un programa de defensa y de preservación de las tierras nacionales frente a los monopolios internacionales, y de medidas económicas para los que las trabajan, que son –¡vaya sorpresa!– semejantes de todo punto a las que habrá de preconizar, treinta años después, el gobierno de Arbenz. Esto muestra clarividencia y la coherencia del compromiso político de Asturias que, ese 8 de mayo, encuentra una formulación ignorada hasta aquí por sus exégetas y sus conciudadanos, y que en lo sucesivo tendrá que ser tenido en cuenta por la memoria a veces selectiva de las izquierdas latinoamericanas y europeas, completando de este modo sus análisis.

En este mismo arúculo, Asturias se preocupa de indicar que este nuevo partido estará formado por

> pequeños agricultores y por todos los que sin ser campesinos quisieran a Guatemala como el labriego ama la parcela de la tierra donde vio la luz, donde murieron sus padres, donde nacieron sus hijos y granan y fructifican sus cosechas (nº 263).

Objetivo esencial de este partido será «defender lo propio y [...] readquirir lo vendido» (nº 212). Y describe, acto seguido, un verdadero proyecto de acción que preconiza la asunción de papeles específicos tanto si tal partido llegase al gobierno como si permaneciese en la oposición:

> En la oposición, el partido político campesino sería un partido de cooperación, constructor, sumador de energías; y en el gobierno, un partido de posibilidades económicas infinitas, amante de su tierra, respetuoso con sus pobladores.

Como si esto no fuese suficiente, añade a estos principios generales una descripción bastante minuciosa de su organización y de las ventajas que de ello derivarían. Cierra el segundo artículo abandonando su prudencia habitual, que solía llevarle a emplear el *condicional,* para proclamar, sin mayores reticencias:

> Nuestra libertad, nuestra soberanía y nuestra independencia, están en la tierra, no hay que darle vuelta, y al organizar el partido campesino de que *hablamos, procedemos* a organizarnos para defender esas tres aspiraciones del pueblo de Guatemala (nº 212).

Estos dos artículos son fundamentales porque constituyen el primero, y único, testimonio en el que Asturias confiere una forma acabada a su proyecto político, la culminación lógica y responsable de un proceso cuyas etapas hemos seguido a niveles tanto teóricos como de compromiso personal.

Pero este verdadero manifiesto, explicitación rigurosa *sub specie politica* del conjunto de ideas que había elaborado en otros campos, se revelará rápidamente como la expresión de un proyecto solitario, sin vínculos verdaderos ni un

enraizamiento real en la situación sociopolítica de Guatemala. Asturias no alude aquí, ni en ningún otro texto, a la base necesaria en la que toda acción política tiene que apoyarse de manera concreta. E incluso parece olvidar a sus amigos de la generación del 20, escandalizado como debería sentirse por su disponibilidad ante los gobiernos poscabreristas, separado de ellos por unas experiencias intelectuales que dejaban a aquéllos superados y que contribuían a asentar su singularidad y, de este modo, su soledad. Sin embargo, aludirá luego a la necesidad de una base popular en un artículo sobre los *Orígenes, caracteres y beneficios de la asociación* (nº 219), que es una continuación y el *pendant* político de los textos sobre la *Arquitectura de la vida nueva.* Pero sí es cierto que Asturias consigue formular, en un discurso articulado y gradual, análisis y propuestas sumamente notables –para la época–, cuyo carácter anticipatorio en el seno de la historia de las ideas políticas de su país, y de las suyas propias, habrá que señalar sin que se pueda minimizar el hecho de que este planteamiento parezca muy abstracto e intelectual. No resulta difícil advertir, y lamentar, que Asturias, en vez de acompañar su magisterio político con una acción concreta y organizada, construya un discurso que, con toda su inteligencia y su modernidad, denuncia muy cruelmente la inadecuación entre el papel que se ha fijado y los medios de que desea, o puede, dotarse. Quizás a esto se deba que los zorrastrones que se hallaban en el Gobierno le permitieran hablar de tal manera, ya fuere porque esperaban que pronto retornase a sus caros estudios, porque hubiese supuesto un escándalo innecesario acallar a quien se había convertido en un hijo célebre del país; y, por último, porque habían sabido medir el alcance únicamente teórico de aquellos bellos discursos que hasta les era honroso no impedir que se pronunciaran.

Esta inadecuación dramática entre el nivel personal y la situación política general, habrá de resultarle fatal y le supondrá heridas inmediatas cuyos efectos habremos de reconocer en su escritura, esta escritura periodística de tortuosos itinerarios que seguimos desde 1924.

Queda por señalar que Asturias indica, en los quince artículos que escribiera durante su retorno a Guatemala, en 1928, y de una manera que no podría resultar más clara, que de la estética a la sociología, de la crítica de costumbres al reportaje de actualidad, pasará en lo sucesivo (salvando sin retorno este paso, este cabo) de la teoría a la praxis (a una hipotética praxis), así como que todos los artículos que seguirán, con su bagaje de frustraciones y de resentimientos, habrán de ser dominados por este nuevo viraje. Más tarde escribirá a «una amiga de Guatemala»:

> Y se quedó Guatemala...
>
> Dejé el puente para correr al camarote y revisar mis equipajes. De nuevo nacía en mí el hombre que había *enterrado* durante mi permanencia en ésa, pero nacía más triste, más sentimentalmente estrecho para mi corazón romántico, y poco dispuesto a mis risas y bromas de estudiante. En mi tierra me había rejuvenecido. Lo sentí y no lo he dejado de creer (nº 223).

Difícilmente se podría dar a entender mejor el paso de una época a otra. La nueva conciencia de sí, de su país y del mundo que surge de sus artículos escritos durante su estancia en Guatemala es el eje ideológico y sentimental alrededor del cual gira y adquiere significado la globalidad de su experiencia parisina.

España. Un viaje más y otra estación de su itinerario iniciático. Una estación que es final no sólo en el tiempo real del viaje, sino también en el que efectúa su espíritu. Este viaje cierra el ciclo del año y le otorga su carácter de experiencia y símbolo definitivos.

Tras el descubrimiento de los ancestros gloriosos –pero lejanos– de Roma y de Italia, y el de una solidaridad latina viva y real en Rumania, el retorno a la tierra americana lo había afirmado en su nueva fe en el mestizaje, doctrina que enlaza –otorgándoles notable coherencia– a todas las facetas del pensamiento, la escritura y la acción asturianos. Asturias retorna a Europa en barco y se encuentra con España. Más tarde, en 1930, habrá de precisar mejor sus sentimientos y sus lazos españoles, pero ya toda su prosa se muestra salpicada de términos freudianos reveladores. Para Asturias, el encuentro con España es el del padre, el descubrimiento de una dimensión familiar para el que emplea un léxico apropiado y soluciones estilísticas que recuerdan esas *Leyendas* que se hallaban por entonces en pleno proceso de creación y que habrían de ser publicadas, dos años después, en Madrid:

> El paisaje de España y sobre todo el de Galicia, es tan parecido al nuestro, costumbres y poblaciones, que al desembarcar nos sentimos en casa, moviéndonos con desenfado y entusiasmos de hijos recién llegados (n 226).

Lo notable de estos artículos no es la novedad de los análisis, ni la riqueza de las informaciones, sino el sentimiento de re-conocimiento, la resurrección o la restitución de una memoria histórica que había permanecido al margen de sus preocupaciones de identificación cultural. Una lectura comparada de sus experiencias de viaje, tal como quedan enunciadas en sus artículos periodísticos, posee una utilidad hermenéutica evidente; en vano buscaríamos en no importa qué texto sobre París, Francia, Italia, etc. –a excepción de Guatemala– ese tono de profunda y afectuosa adhesión, de coincidencia espiritual, que supo encontrar para esta parte de su herencia cultural que era España. Si se recuerdan las vicisitudes de los maniqueísmos latinoamericanos a propósito de España, así como la polémica soterrada, pero real, que separaba en el seno de Prensa Latina a los defensores de la latinidad de los de la hispanidad, podrá medirse en su justo valor esta toma de posición, complementaria y contemporánea de la de su indigenismo no ya arqueologizante, sino antropológicamente vivo.

La versatilidad y la disponibilidad de Asturias eran grandes. Si bien la *Arquitectura de la vida nueva* adopta tanto el título como ciertas ideas de Valéry, en *Asilo nocturno* (nº 192) es evidente la influencia del expresionismo alemán, especialmente de Beckman, quien asimismo habría de influir en algunos capítulos de *El señor Presidente,* cuya primera versión escribía Asturias hacia este año.

El surrealismo y algunos de sus métodos podrían ser los inspiradores de la «encuesta» literaria, pretenciosa, que preconiza en su artículo «*1928*» *habla* (nº 231). La disposición de las preguntas, su formulación perentoria, el tono policial que no admite réplica era el mismo que Breton empleaba para aterrorizar a amigos y enemigos. Ahora bien, hasta este mismo año Asturias sólo conocía de oídas las discusiones de Montparnasse, pero Desnos –a quien encontró en el barco que lo conducía a La Habana– se los relataría de primera mano.

Los surrealistas pudieron asimismo facilitarle el *alibi* cultural necesario para el ejercicio totalmente inmoral al que se entregó en la Navidad del 28. Mientras aparentaba poses modernas y/o revolucionarias, celebró la gran festividad en cinco artículos diferentes entre sí, que no son contradictorios sino que alternan unción, suficiencia, guiños y participación en una mezcolanza inextricable y ambigua. Tal es el término exacto, ya que la ambigüedad constituía uno de los soportes fundamentales del predicamento surrealista, y si bien el surrealismo de Asturias llegó a ser impugnado, puede decirse que encuentra aquí uno de sus más discutibles –pero auténticos– campos de aplicación.

1929

A todo lo largo de este año se acentúa aún más la tendencia ya por entonces acusada de privilegiar los temas de interés guatemalteco respecto a los concernientes a París y a Europa, y ello en una proporción sumamente significativa. En efecto, los primeros prevalecen ampliamente, ya que totalizan alrededor de dos tercios de su producción, la más numerosa de todo el decenio (103 artículos).

Por vez primera, los artículos sobre París atañen efectivamente a acontecimientos y personalidades ligados a la actualidad, y Asturias muestra un nivel de familiaridad con la realidad francesa sumamente notable. París deja de ser un pretexto o el telón de fondo bastante impreciso de sus artículos, para convertirse en un tema de reflexión autónomo y objetivo. Esta nueva aprehensión de París actúa en tres direcciones: estilística y estética (su ejemplo más convincente sería «*La barba provisional*», nº 253), política y personal. El clima, las discusiones de la sociedad literaria del París de los años veinte comienzan a dar fruto. No se trata solamente de los temas y del tono empleado; se trata, sobre todo, de las interrogantes que conciernen al lugar del artista en la sociedad, el sentido de su obra, sus grandezas y servidumbres. Estas interrogantes, por supuesto, son las

que suelen plantearse los creadores en uno u otro momento de su existencia, y Asturias, a su regreso de Guatemala, debía planteárselas en su fuero interno de una manera especialmente personal y desgarradora. Pero ocurre que ellas constituían en Europa uno de los *topoi* más discutidos de este fin de decenio. Bastaría con remitirse no sólo a las polémicas surrealistas, sino también –o sobre todo– a las ideas propaladas por el socialismo soviético y el fascismo italiano sobre el papel y la significación del artista en la construcción de la *polis*. Los problemas personales de Asturias se suman aquí a la discusión general, se nutren de ella y otorgan densidad y dolorosa hondura a sus reivindicaciones.

Es posible descubrir en la producción de este año un tono nuevo, mordiente, sarcástico, escabroso a veces, que nos permite apreciar el camino recorrido ya por el escritor. La «desfloración» de París se ha operado y opera, y esto resulta tanto más evidente si se comparan estos textos con el tono «poético» o pomposo de los primeros años. Asturias da a conocer incluso un aspecto de su personalidad que hasta entonces había ocultado, o que no había tenido tiempo de desarrollarse: el del hedonista y el noctámbulo, después de todo bastante insoportable. No obstante, estos textos no aportan mucha luz sobre su evolución, sobre su manera de ser y de sentir en este año. Habrá excepciones en este cambio de registro pero, por regla general, todos son menos cálidos, menos directos, y la relación que tienen por misión establecer con el lector es más distante, menos seductora, únicamente profesional. Se cierne sobre ellos como un silencio, una perplejidad, un deseo de no evocar directamente algunas cosas. Esas cosas que tan abiertamente había nombrado el año anterior.

Este silencio habrá de durar hasta otoño, momento en el que Asturias retomará, aun cuando de manera diferente, el tema concreto de sus propuestas políticas, sus proyectos y sus expectativas. Pero un lector no avisado, que leyese por azar los artículos políticos escritos en 1929 desconociendo los que Asturias había publicado en Guatemala en 1928 durante el verano, no podría sospechar que este hombre, este gran intelectual, había aprovechado el retorno a su país para formular propuestas políticas específicas, para esbozar un proyecto del que espera –del que se espera– una respuesta.

Es evidente que antes de «arrojarse al agua» habría debido calcular lo mejor posible las condicionantes sociopolíticas «del medio»; pero quede a su favor, por lo menos, el haber formulado aquello que sus amigos de dentro y de fuera no se habían atrevido a hacer, bien por un reflejo de prudencia, bien por falta de esa investidura de la que, por el contrario, Asturias se sentía provisto después de su aprendizaje parisino, sus primeros éxitos literarios y la relación carismática que creía haber establecido con la opinión pública de su país, cortejada por los recursos versátiles de su talento.

La lectura de los artículos de 1929 nos confirma que ha sobrevenido en él una modificación mayor. Asturias no es ya el periodista, el intelectual que pro-

pone con brío, pasión y a veces insolencia sus crónicas, sus reflexiones y –por qué no– sus lecciones, sino alguien *herido* que defiende y justifica su razón de ser profunda, que procura darle un sentido.

Así es como, de vuelta en París, Asturias enumera, a partir de las investigaciones que había podido efectuar *in situ* en oportunidad de su visita de 1928, una larga serie de disfunciones nacionales. En la nueva rúbrica inventada en esta ocasión, «Ojo Nuevo» (los títulos de las rúbricas habrán siempre de tener suma importancia en el periodismo asturiano), introduce unos temas muy importantes que trataba en 1928 al modo de un político penetrante lanzado a una batalla positiva. En 1929, los temas son más marginales (el automóvil, el problema del agua, el estilo de los anuncios publicitarios), tratados con una violencia verbal que no logra ocultar la ausencia de discurso global. Durante los nueve primeros meses del año nos encontraremos con artículos que fustigan el mal funcionamiento del cuerpo sociopolítico guatemalteco con una especie de farmacopea *ad hoc*. Pero tanto los análisis como los remedios, propuestos en una prosa agresiva, jamás resultan enlazados, justificados, «dialectizados» en un planteamiento general. Ese planteamiento general que, por el contrario, otorgaba todo su interés a sus propuestas de 1928. Este silencio, esta falta de referencia disminuye su peso, y estos artículos parecen responder más a un humor atrabiliario que a las propuestas responsables de un hombre de Estado *in fieri*. Asturias se priva incluso de ese tono de confidencia *a mezza voce* que tan adecuadamente había empleado con anterioridad, así como de esa especie de complicidad que había sabido establecer, y a la que, después de todo, más hubiera debido atender pues era «la base» política sobre la que pretendía edificar su proyecto.

Pero a finales de agosto y principios de septiembre cuatro artículos, escritos uno después del otro (los cuatro en el espacio de una semana), nos dan la clave del enigma y nos conducen a la comprobación del fracaso de aquél. Los artículos llevan, respectivamente, los números 306, 307, 308 y 309.

La ideología del «hueso» (nº 306). En este artículo, Asturias deja de lado las acusaciones específicas que habían sido su especialidad hasta aquí, y retorna a los análisis generales, a las síntesis de 1928. Estigmatiza, entre otras cosas, «la cara ideológica en retardo» del partido liberal en el gobierno, y vuelve a afirmar que «la capacidad y sólo la capacidad» es lo que «debería privar en la repartición de los empleos públicos», proclamando que «la renovación del aire en las esferas oficiales se impone».

El proceso del P. L. [Partido Liberal] *y la luz eléctrica* (nº 307). Después de esquematizar sucintamente, pero con suma eficacia, la historia de su país a partir de 1871, así como la del Partido Liberal, declara: «A la fecha, y hablando claro, lo que urge es otro partido [...]. Si no se le quiere cambiar nombre, que al menos bajo el mismo se renueve su contenido ideológico». Se reitera la exigencia del cambio, pero desde una posición de repliegue. Si el partido propuesto

no puede salir a la luz a causa de la situación interna, que al menos las viejas notabilidades incorporen las instancias de que él se había hecho intérprete. La respuesta de las mismas no tarda en llegar por intermedio del artículo siguiente.

Un injerto imposible (nº 308). Asturias, utilizando uno de sus recursos favoritos –a saber, sacar partido de sus experiencias europeas para hablar con mayor libertad y permitirle al lector extrapolaciones no directamente enunciadas–, recuerda el fracaso de la juventud uruguaya cuando intentó organizar en su país un partido socialista «viable»: «[...] los viejos liberales se asustaron y eso que eran liberales de avance», y nunca más se volvió a hablar de aquello. La analogía entre propuesta nacional y respuesta internacional no podía ser sino sumamente trasparente para su público, con la diferencia de que en Guatemala no se trataba *siquiera* de fundar un partido nuevo, sino de modernizar, tanto como se pudiera, la vieja formación liberal. Asturias cita acto seguido los nombres de Clemente Marroquín Rojas, Manuel León Cardona y Oscar H. Espada como los representantes por excelencia de esa juventud guatemalteca «que espera su hora» y exige una «conducta nacional, nacional y sólo nacional».

Nacionalismo económico (nº 309). Tras haber fustigado, en los artículos publicados a lo largo de la misma semana, la política del Partido Liberal, y expuesto las razones en favor de un cambio, ligado –en su opinión– a un relevo generacional, Asturias retoma breve, pero claramente, las grandes líneas de su programa político de 1928. Sin embargo, no se podrá dejar de advertir que se refiere a ellas como a una posición del pasado en la que todavía querría creer, que lo compromete, por supuesto, pero que pertenece a las ilusiones perdidas. La elección de las palabras empleadas, así como la de los *tiempos verbales* no puede, a este respecto, conducir al menor equívoco:

> Hace un año justamente *hablé* de todas estas cosas que ahora repito, a riesgo de pasar por *iluso* a los ojos de mis compatriotas [...]. Algunos amigos, entonces, me felicitaron, corroborando mis ideas en brillantes escritos, *pero nada más supe después de ellos ni de sus trabajos* [...]. En aquella época *hablé* de la formación de un partido campesino y [...] cada vez la idea me parece más viable [al modo de la de los estudiantes de Uruguay...] hacia la reconquista de nuestro territorio hoy convertido, por culpa de los malos gobernantes y del latifundista, en territorio extranjero [...].
>
> [...] no sé si es *optimismo mío* [...] (nº 309).

La progresión de estos cuatro artículos, así como la de los tres que les siguen (*Geranios,* n 310, *Ojo nuevo,* n 311 y *El auto a crédito,* n 312), escritos también en la primera quincena de septiembre, como si después de haber esperado ocho meses Asturias hubiese querido agrupar todas sus quejas a inicios del otoño, muestra que ya no pone su corazón en aquello, que el proyecto pertenece al pasado y que sólo le queda apelar –ante su impotencia– a la mística incierta y «des-responsabilizada»

del sentimiento de patria. Ningún otro recurso, ninguna acción es ya posible, y Asturias lo sabe. Por lo demás, lo dice a su manera, ya que si habla con frecuencia y con suma generosidad de sus amigos y de sus colegas escritores e intelectuales, lo hace también para no aburrir a los lectores con artículos demasiado directos, pero que le permiten no alejarse de las preocupaciones que habría que asociar con su firma; y, también, para vincular sus experiencias con la suya propia: las analogías son tan claramente evocadas que generan la impresión de reconocer en ellas un llamado solapado a la solidaridad, la búsqueda de un contexto de identificación (véase los artículos sobre Cardoza, Jorge Alvarado y Rafael de León). Esto no impide que les reproche verdades que no debieron gustarles y que tal vez se hallen en el origen de los ostracismos que experimentará más tarde. En efecto, la elevada conciencia de la misión del intelectual y su soledad, que comentaremos de inmediato, ya le había sugerido, antes del desahogo de septiembre (*Miércoles de ceniza,* nº 250, y en el nº 270), una frase asesina: «Buenas gentes sencillas y prácticas que no se han puesto a pensar que falta la acción organizada, sostenida, sin saltos mortales». Esta actitud astuta y solapada fue la que impidió que el proyecto de Asturias se desarrollase, junto, por supuesto, a la incidencia determinante de los condicionamientos de otra naturaleza y otro poder. Pero Asturias debió de sentirse solo y esta soledad, por otra parte, tuvo que llevarle a plantearse interrogantes cuyo testimonio premonitorio se hace patente en estos artículos.

El proceso al sistema en lo que atañe a la misión y el fracaso del intelectual, tema jamás antes abordado con tal exactitud, encuentra su punto de arranque en la siguiente consideración:

> Los países que, como el nuestro, no pueden pasear por los mares su bandera ni decidir en la resolución de los problemas mundiales carente de industria y de exigua producción agrícola, tienen que hacerse valer en el exterior por medio de sus valores representativos en el campo de las ciencias, de las letras y de las artes. Dígase lo que se diga, el ingenio guatemalteco es el que ha llevado siempre el nombre de Guatemala más allá de las fronteras patrias. Muchos son los ejemplos. En todas las épocas han sido los guatemaltecos cultos –sabios, artistas y hombres de letras– los que propagaron con sus enseñanzas y conocimientos el nombre, para todos querido, del suelo que nos vio nacer (nº 305).

Se advierte que, so capa de uno de sus amigos, es de sí de quien Asturias habla, y a ello se debe que en este año los artículos –los que valoran el papel y el lustre que los intelectuales y los creadores aportan a la patria– sean tan numerosos y se alejen rápidamente de la monografía –del pretexto– para convertirse en afirmación e ilustración de un principio general. Al término de la serie, ante el fracaso evidente de sus propuestas, tanto por las razones objetivas de la situación guatemalteca como por sus incapacidades operativas ligadas a una concepción idealizada del papel del intelectual y del hombre de letras en el seno de la *polis,*

se plantea un problema existencial sin disimulo que le concierne directamente. Valiéndose de París, se interroga en la misma semana, en dos artículos (nos 261 y 262), por el lugar del escritor en las sociedades subdesarrolladas:

> Artistas en la arena tenebrosa de la vida, sin más armas que las que les diste, delante de las multitudes insensibles que no tienen ojos ni oídos, y sí una gran boca para insultarnos cuando *sucumbimos*…

Una semana antes recordaba la

> lección de lo que el arte puede en los países civilizados, donde los poetas *sirven de algo,* valen algo, se les pagan sus producciones [...] (nº 261).

En un *crescendo* de evidentes consonancias personales, y evocando ahora directamente su caso y el de Guatemala, llega a afirmar que

> la suerte del borracho y del artista van corriendo pares en Guatemala... El escritor tiene que refundirse en una oficina gubernativa para vivir, o expatriarse, olvidarse que tiene patria, irse a donde lo estimen, le quieran y le compren sus obras.

Al problema de saber y averiguar qué lugar ocupaba realmente la actividad periodística en la economía de la obra y de la vida asturiana del decenio, los artículos de este año le ofrecen una respuesta que nos deja cierto gusto a cenizas y de fracaso. El protagonista –en directo– de todos estos artículos es el propio Asturias, no en el sentido de que «Madame Bovary c'est moi», sino en el de que éste era realmente el canal elegido para definirse y mostrarse con toda la rica paleta de que podía enorgullecerse. Seguirá elevando su voz sobre algunos aspectos particulares del desorden nacional con acentos cada vez más sarcásticos y, en el fondo, desesperados, como en los artículos *El himno nacional* (nº 320), *El escudo nacional* (nº 321), el *Ojo nuevo* del 19 de octubre (nº 324, sobre la mala organización de los estudios de medicina), *El uso de razón* (nº 325, sobre la necesidad de una nueva educación para los niños en la primera infancia), el *Ojo nuevo* del 25 de octubre (nº 329, sobre la necesidad de la lectura), *La disciplina* (nº 330, sobre la indisciplina de los alumnos) y *Orientación profesional* (nº 334, sobre la necesidad de una buena orientación profesional).

Seguirá asimismo convocando la presencia amiga de los jóvenes escritores, de los intelectuales en los que veía la esperanza de su país, como *Alfredo Wyld* (nº 336) y Carlos Wyld Ospina, pero sólo para comprobar, con una amargura y un pesar que es un reproche, que

> de generación en generación, *vamos dejando* para mañana lo que tenemos que hacer hoy (nº 331).

Por otra parte, y se podría afirmar que a título de experiencia personal,

> podríamos citar hasta el cansancio los mil intentos renovadores que diariamente *se estrellan* en nuestro ambiente (nº 340).

Llegará hasta a enunciar esta consideración desesperada –que se vale, como siempre, de un pretexto oblicuo para expresar con mayor libertad sus sentimientos, aquí, el libro de Alain Gerbault–, que es en parte el último balance de este año trágico:

> cada uno de nosotros somos [...] solos, eternamente solos en la barca que gobernamos y de la cual somos los exclusivos tripulantes. ¿Qué otra cosa es nuestra vida? cien veces andamos a las orillas de los días, para recibir las manos amigas en nuestra mano, para corresponder a sus expresiones amables, para sufrir los golpes de las flechas que nos hieren y destrozan los vestidos; pero, cien veces, también, nos evadimos, huimos hacia el interior de nuestros mares, nos aislamos, gobernamos solos nuestra nave (nº 335).

Si bien no poseemos los testimonios directos y anecdóticos de su vida parisina, ni del decenio que sobrevendrá, tenemos aquí, en este diario público –que no volverá a ser leído, ni evocado después–, los mecanismos que le gobernaron y las contradicciones que desgarraron a Asturias a lo largo de toda su vida. La parábola aquí descrita es un resumen representativo a la vez que francamente claro de una ilusión de la que Asturias no se cansará jamás, alternando el deseo de participar y la expectativa por contar realmente en una esfera que no es la suya, con los malentendidos y el fracaso que de manera invariable siguieron a esta ambición hasta la soledad final que fue su conclusión. Qué diferencia entre estos artículos y los de los cinco primeros años, sobre todo los escritos en Guatemala en 1928. Y, sin embargo, 1929 es un gran año en la vida de Asturias. Ha terminado *Leyendas,* sabe que habrá de ser publicado en Madrid, y algunas revistas parisinas ofrecen adelantos muy gratificadores. Ha entrado en el gran mundo de la cultura y del arte francés y europeo, no por la pequeña puerta de los marginados sino por la grande de quienes contribuyen a los debates esenciales. Sabemos que en París llevaba una vida afectiva muy colmada, que jamás habría de olvidar. Y no obstante, sus artículos son un grito de desesperación, un inventario renovado sin cesar de decepciones. El desgarramiento da comienzo aquí y le acompañará con una regularidad cíclica implacable hasta el final de sus días. La clave que nos ofrecen estos artículos resulta irremplazable y nos aporta una luz que explica y sitúa de muy distinto modo su itinerario humano y artístico.

Este año, el surrealismo hace sentir sus múltiples lecciones, y son visibles ya numerosas huellas de su predicamento. Ante todo, en el cuento *La barba provisional,* el único texto auténticamente surrealista de Asturias, en que el tema del

amor-transgresión y de las pulsiones ambiguas se halla en el centro del relato; luego, en la exhortación a la rebelión de América Latina contra los Estados Unidos, que hasta estilísticamente recuerda el llamado a la rebelión de los países oprimidos que Éluard había escrito un año antes. Es curioso, empero, observar que a finales de año no duda en escribir un artículo relevante sobre la muerte de Clemenceau. Asturias estaba visiblemente impresionado por la estatura de «El Tigre», y su artículo, muy bien escrito, es prueba de ello. Había ya uno de 1926, menos bello, dedicado a los funerales del mariscal Foch. ¿Encargo o elección deliberada? No se llega a comprender el fondo del pensamiento y de las simpatías asturianas, ya que es más que evidente que ciertas relaciones y determinados homenajes resultan totalmente incompatibles, y lo siguen siendo también para nosotros.

1930

Son 25 los artículos de 1930, de los cuales 14 versan sobre París y Europa, y 11 sobre Guatemala y América Latina. Pero si el número es modesto en relación con el de 1929, su valor hermenéutico es notable porque nos proporcionan la prueba escrita de la exactitud de nuestras hipótesis en lo que atañe a la interpretación que efectuamos de los del año anterior y por consiguiente, de manera indirecta, a la de todo el conjunto de artículos.

Asturias inicia el año con una larga serie de artículos dedicados a los partidos políticos de Francia en 1929. En los mismos, que constituyen un conjunto totalmente aislado y atípico en su producción del decenio, aproximándolo al papel y a las características del «corresponsal» tradicional, abandona claramente el tono habitual para con sus lectores. Asturias consigue aquí un resultado realmente extraordinario, el de *no decir nada* y, únicamente, ofrecer algunas informaciones sobre la organización y las ideas básicas de los movimientos principales: ningún compromiso, ninguna apreciación detallada o genérica que pueda traicionar su verdadero pensamiento. Estos artículos son, tanto en sentido propio como figurado, fichas de información técnica que se valen de la fraseología y de los documentos publicitarios de las formaciones descritas. Es evidente el contraste entre esta práctica del periodismo y la que preconizaba tan sólo dos años antes. Se recordará que, entre las cualidades esenciales que exigía al periodismo, figuraban, desde el inicio, la información, pero, sobre todo, el «adoctrinamiento», es decir el comentario de la noticia, de la actualidad o de las ideas a través de la sensibilidad, el sustrato ideológico del periodista. ¿Hay contradicción entre la práctica de estos dos periodismos? Sí y no. No hay que olvidar que Asturias siempre rechazó declararse en favor de –o comprometerse con– problemas, temas y discusiones que consideraba ajenos a la «circunstancia» nacional o ame-

ricana. Sentía horror de que se le acusase de ingerencia, y esta actitud de no intervención, tan diferente de la de muchos de sus amigos antes y después del decenio, habrá de regir siempre sus relaciones con los países que tuvieron que acogerle a lo largo de toda su vida. Exigía, en reciprocidad, igual respeto y la observancia del mismo código…, con lo que nadie concordó y que fue origen de un número muy importante de malentendidos y de sufrimientos. Por lo demás, quizá debamos atribuir también su silencio y su falta de intervención en las ruidosas discusiones que encendían la vida intelectual de París a esa opción deliberada, a su percepción de sí como espectador y no como partícipe. En el fondo, debía considerar aquéllas como manifestaciones en las que habría resultado inconveniente tomar partido de una manera demasiado directa. Asturias utilizaba las lecciones de estas discusiones, pero no relataba sus anécdotas. Conducta totalmente opuesta a la adoptada por sus amigos periodistas más íntimos, que, por el contrario, las convertían en la sustancia misma de su prosa.

Pero, a pesar de todo, estos seis artículos plantean un problema *a contrario,* que nos dice más que algunas declaraciones abiertas o apenas encubiertas. En efecto, si se deja de lado la consideración tradicional según la cual el recurso a los análisis de política extranjera suele ser providencial cuando es necesario callarse sobre las cuestiones de política interna, el carácter de diversión elegida o impuesta de estos textos es claro e irrefutable, porque Asturias no emplea aquí en absoluto –y por vez primera– una de sus ficciones preferidas; a saber, la utilización de un tema o de un asunto especialmente apto para dar cabida a una idea personal, una enseñanza, un ejemplo útil o aplicable a la realidad guatemalteca. Le hemos visto proceder de este modo muy a menudo, con tino y habilidad; así pues, es extraordinario que temas tan provocadores y sugerentes como los de Acción Francesa y del Partido Socialista sean liquidados con una prosa anodina, digna de una guía parlamentaria, desprovista de toda connotación ideológica, en vez de proporcionar el pretexto soñado para establecer un paralelismo penetrante, o soluciones nacionales, en esa mezcolanza cifrada de la que ya se había convertido en maestro. Se ha producido un nuevo hecho que aconseja no sólo la prudencia, sino que impone una retirada, una modificación de imagen y, por supuesto, del proyecto asturiano. Este nuevo hecho es el acceso del general Jorge Ubico al poder.

Esta nueva impersonalidad –y habrá que recordar que Asturias jamás emplea, en estos seis artículos, el pronombre personal de primera persona– es acompañada, en los raros textos (un total de cuatro) en los que se plantean los asuntos de su país, por tiempos verbales y expresiones que asimilan las expectativas de 1928 a un propósito caduco, ya sin porvenir. Se recordará en qué términos de esperanza concreta e inminente había hablado Asturias de su generación, del derecho y del deber que tenía de participar en la nueva administración del país, de su papel histórico en el poscabrerismo. Ahora bien, el 20 de marzo, aprovechan-

do un mensaje de Waldo Franck a las juventudes cubanas, procede a un balance global de su acción, balance nada glorioso ni cargado de futuro:

> La generación de 1920 en Guatemala, que, modestia aparte, quedará en la historia espiritual de nuestra patria como una de las generaciones que con más ahínco quisieron acercarse al pueblo y encarnar sus problemas, traduciendo sus justas lamentaciones en sonoras protestas; la generación de 1920, decíamos, se ve de pronto suelta de sus primeros pasos, como una raíz flotante, *aquejándola la muerte de muchos de sus miembros,* la *traición* de sus ideales de otros, y más que todo la *dolorosa falta de continuidad* en los elementos de las nuevas generaciones. Sin encontrar el porqué de esta situación, que nos parecía anómala, nos *dolíamos continuamente, y cada vez más desesperanzados,* de la falta de resultados de los empeños puestos en nuestros mejores años de juventud al servicio de las causas enaltecedoras de los vales guatemaltecos en diversos órdenes de actividad [...].

Waldo Frank insinúa la respuesta para las decepciones del fracaso, y Asturias se vale de ella para elevarla al rango de regla general, como situación continental desdichadamente compartida (también por Guatemala):

> «Aceptad», dice Frank, «vuestra entera generación como un punto de transición, como una crisis de prueba, como un estado embrionario. No esperéis la fruta en esta hora de gestación. Vivid hondamente, secreta, voluntariosamente, astuta, nutriciamente, como ha de vivir el embrión. Conoceos a vosotros mismos, cultivaos, haceos mejores: preservad la semilla de la acción heroica, que está en vosotros [...].»

En este mismo artículo, verdadero epitafio de su generación, pero también, o sobre todo, de su personaje, cuyo perfil y cuyas ambiciones había dibujado poco a poco, evoca, por vez primera, el destino que habrá de ser el suyo. La renuncia, la filosofía de la renuncia encuentra aquí una justificación y una elocuencia que son, a la vez, de una gran belleza literaria y de una precisión situacional impresionante:

> Los que han trabajado con empeño sincero y noble afán por el mañana en sus respectivas patrias, *veían, no sin angustia, la falta de cosecha, y extendiendo el término, la inutilidad de sus desvelos laboriosos* [...]
>
> Con poco que se oiga la palpitación ideológica de nuestra generación, se advertirá en ella el ritmo de compás de espera en el trabajo constructivo del futuro, con sacrificio del presente; con pleno, con absoluto sacrificio del presente [...]
>
> Retengamos de toda esta vibrante admonición: «Y, sobre todo, no exijáis resultados».

Un mes después, sus «Billetes de París» se vuelven paulatinamente más raros y desesperados; enviará entonces a *El Imparcial* otro texto: *Hombres, nombres, sombras* (n 364), que parece inspirado en uno de los *Caprichos* de Goya y que podría titularse *El triunfo de la muerte sobre la vida*. La muerte detentada por la vieja clase política, que se nutre y se perpetúa gracias a la vida de las nuevas generaciones que no consiguen expresarse. Se trata, una vez más, de la comprobación clara y sin apelación de un fracaso.

A finales de septiembre, retorna al tema de las ilusiones perdidas en ocasión de la muerte de Tácito Molina Izquierdo (nº 375). Pero, incluso aquí, todo es ya considerado como irrevocablemente perdido, como si de una mera aspiración se hubiese tratado.

1931

En este año asistimos a la progresiva disminución de la actividad periodística de Asturias, hecho imputable quizás a la expansión de su actividad literaria *stricto sensu*. Durante este año, Asturias dedica 8 artículos a París (más bien a Europa) y 14 al tema de su país (más bien al de América Latina).

En sus escritos de 1931, y por vez primera, Asturias da la sensación de abandonar el cascarón guatemalteco en el que se había encerrado progresivamente, abre los ojos, asume una mirada más perspicaz y objetiva por más auténticamente interesada. E interpreta finalmente, para sí y para sus lectores, obras y autores merced a una visión repentinamente ampliada.

El rechazo de su país casi le obliga a situarse en una perspectiva global, que no es frívolamente cosmopolita sino seriamente internacional. Lo que Asturias pierde en «militancia» lo gana en agudeza y trascendencia.

No obstante, es necesario examinar la orientación y los temas de sus artículos políticos: en primer término, hay que considerar un grupo de siete (nos 381, 382, 383, 384, 385, 386 y 387) dedicados a denunciar el mal funcionamiento del servicio diplomático. Su violencia y los despiadados sarcasmos de que son víctimas los cónsules guatemaltecos no deben causar sin embargo demasiada impresión. Ante todo porque estos artículos son dirigidos contra un personal que el nuevo amo de Guatemala, el general Ubico, ya había relevado, y, en consecuencia, esta violencia verbal cae en la nada; y, luego, porque la misma nunca es acompañada o introducida por un análisis global del problema. Son artículos con pretensiones de escándalo, panfletos, que sin mucho esfuerzo compensan su inmovilidad actual y que debieron servirle como catalizador y descarga psicológica.

Dos artículos de crítica literaria (nos 379 y 389), el primero dedicado a los libros de Díaz Fernández, Cardoza y Aragón y Reyes, y el segundo al de Lionello

Fiumi –una antología en la que se recoge la poesía italiana moderna–, muestran una gran amplitud de intereses. Confirma aquí el papel de informador, de autoridad por el que ya ha optado, al punto que, en otro artículo, solicita públicamente a los jóvenes poetas guatemaltecos que le envíen sus poemas, no sin añadir de paso, con hermosa seguridad (nº 393):

> Reitero mi petición a los jóvenes poetas, cuya labor es digna de encomio, ya que situándose –no por pose, como se cree, porque el verdadero valor no necesita del pathos de la actitud, sino por imperativo de los tiempos– en el sitio de avanzada, aseguran entre nosotros la continuidad de la revolución literaria iniciada por unos cuantos a raíz de mil novecientos veinte.

Pero los dos artículos que avalan por sí solos la importancia del año y señalan la magnitud del viraje que éste representa son los que dedica respectivamente a la novela de Arturo Uslar Pietri, *Las lanzas coloradas,* y al bicentenario del nacimiento de Landívar, el célebre autor de *Rusticatio mexicana.* Estos dos artículos le dan pie para un comentario clave, por una parte sobre el arte, el artista y el público latinoamericano, y, por otra, sobre el destino específico del artista guatemalteco. El primero, sobre Uslar Pietri, se vale, como referencia, del libro de este amigo fiel y brillante del que procede sin embargo a una exégesis, que lo sitúa en un contexto continental y no ya estrechamente venezolano. Pero, cual filigrana, se advierte de inmediato que, más allá del libro del amigo, se trata aquí de un diagnóstico que formula sobre su itinerario personal, el balance de siete años de viajes, contactos, experiencias, escritura. La importancia de este texto, de su valor absoluto, lo constituye, sin duda, entre uno de los más lúcidos y acertados que Asturias haya dedicado a los problemas de la creación artística latinoamericana. En efecto, el artículo sobre Uslar Pietri es una gran meditación que atañe antes que nada a «la busca y expresión del espíritu americano» (frase que, más tarde, hubiese podido firmar un Henríquez Ureña). Para nuestro propósito, y con el fin de entender su verdadera posición en cuanto a las doctrinas estéticas de vanguardia, debemos citar dos frases reveladoras que fijan su trayectoria con gran precisión, así como con un sentido de los matices y de su «situación» específica que nunca resultó tan claramente definida:

> ¿Qué interés, qué importancia, *qué valor puede tener el aporte artístico de un hombre que no dice lo suyo, que se lo calla, que se lo come como la víbora se come a sus hijos, por decir lo de los otros:* o que si habla de lo que le pesa en el corazón, es el caso de positivos valores, lo hace empleando el idioma del vecino? [...] *y acaso toda la labor artística de este momento sea destructiva* (Picasso destruye en pintura; Varese, en música; Arp, el alemán, en poesía), y como en América el campo es propicio para todas las rebeliones, aun para las absurdas rebeliones de la casta de militaroides que infesta nuestros países, y *como también no había mucho que destruir,* pues casi todos los valores eran valores con referencia a un maestro en el arte, el campo está limpio y

> precisa construir, *dar las bases de una obra apartada de toda servil sumisión a lo europeo, con un sentido universal de lo americano a la puerta de todos, vibrante de propios y eternos sonidos entre las múltiples manifestaciones de arte actual* (nº 388).

Después de esta descripción de las dimensiones *in fieri* del nuevo escritor latinoamericano, el segundo artículo citado, el dedicado al centenario del padre Landívar, da cuenta de sus servidumbres, especialmente las del escritor guatemalteco. Valiéndose del ejemplo de Landívar, se trata aquí del calvario del escritor de hoy: «Tu historia es la de todos los poetas de tu tierra».

Este artículo es la enumeración de las protestas a que le lleva su caso, erigido en paradigma universal, a la vez que la evocación de su grandeza. Una grandeza desconocida que, empero, ha triunfado. Asturias percibe ya su caso personal según los parámetros de la inmortalidad, y sitúa su relación con la sociedad guatemalteca a tal nivel que todas las vilezas que ha experimentado y que experimentará resultan como sublimadas por anticipado:

> De lo segundo que debemos dolernos, Oh Poeta, *es de la tardanza con que tu Guatemala te viene a hacer justicia* [...].
>
> De lo tercero que debemos dolernos, ¡Oh Poeta!, *es de la inutilidad de la enseñanza que tu caso encierra* (n 394).

A partir de este artículo, Asturias parece evolucionar hacia otra lógica, una lógica del fracaso temido pero inevitable; y se instala en una soledad orgullosa que rechaza el contacto cotidiano y el magisterio que, sin embargo, le tentaba hasta ayer mismo. Con voz profética, dice en este texto sobre Landívar la siguiente expresión, en la que la alusión resulta trasparente:

> Tu historia es la de todos los poetas de tu tierra (nº 394).

Al principio del comentario de este año adelantamos la hipótesis de que la relativa disminución de su actividad periodística era imputable al acrecentamiento de su producción literaria. En su autorreportaje desde Madrid (nº 372), Asturias «apoya» esta interpretación al hablar de sus *Leyendas,* de Kukulcán y de la novela *(¿El señor Presidente?)* que debía entregar de inmediato a un editor que se la reclamaba. Esta explicación queda invalidada por una consideración que la desmiente. 1928 y 1929, los años de la producción periodística más importante de Asturias (en número y calidad), habían sido asimismo los años de composición de las *Leyendas,* así como los de la traducción del *Popol Vuh* y de los *Anales de los xahil.* Años, pues, cargados de compromisos y de proyectos. Asturias, en 1931, simplemente ha dejado de escribir con abundancia y versatilidad porque ya no había lugar para hacerlo. Al no tener ya sus artículos razón de ser, por no ser deseados ya, y porque no se los podía desear, renuncia.

1932

Al no estar concentrado –o no pudiendo estarlo– en los asuntos de su país, Asturias acentúa la tendencia ya esbozada en 1931 y se abre a la actualidad del mundo en que vive, París y Europa, amplía su campo de visión, escucha y refleja otras voces, otros paisajes.

Sus artículos se enriquecen con los ecos de una realidad menos unívocamente guatemalteca, y sus experiencias europeas devienen finalmente fuentes de informaciones autónomas. *Desaparecen* los artículos «pretexto» en los que la sujeción a la realidad resultaba al menos dudosa, tanto como los minirrelatos poéticos que solían cumplir una función de relleno apenas disimulada. Todo se vuelve estilísticamente más denso, esencial, maduro; sus propias búsquedas de una poética personal quedan por vez primera vinculadas, *apertis verbis,* a experiencias contemporáneas. El famoso contagio que se producía en Montparnasse en los años 20 –y del que tan elocuentemente hablara Aragon a propósito de Picasso y de Léger– resulta visible y palpable también en el caso de Asturias. De aquí en adelante, cada artículo de Asturias esclarece su trayectoria y la inserta en un contexto especialmente evocado y rico en desafíos y sugerencias. Por otra parte, esta interacción queda indicada, también aquí por vez primera, sin esnobismos o sumisiones culturales. Su personalidad ha dejado ya la crisálida y ni siquiera necesita ocultar este logro irreversible: las precauciones «domésticas», que le imponían prudencia y mesura en cuanto a las manifestaciones de su cosmopolitismo, son anuladas por el fracaso de su militancia.

El primer artículo de 1932 (nº 400) nos presenta ya esta novedad en la práctica del periodismo asturiano. Al hablar de la puesta en escena de una obra, destaca un retorno al empleo de las máscaras en el teatro contemporáneo, y no vacila en declarar que también él utiliza, en su pieza *Kukulcán,* este recurso milenario a la vez que moderno. Así queda serenamente establecido el vínculo entre su experiencia y el clima cultural de la época. Más adelante, él, que hasta aquí no había apreciado *sino a* Chaplin o unos pocos filmes de vanguardia (pero nunca a Buñuel, de quien, empero, todo el mundo hablaba), dedica un muy largo comentario a *La línea general* de Eisenstein. Hasta aquí, todo resulta comprensible, sobre todo respecto a sus intereses y su atención por «los campesinos», pero –y he aquí la mayor transformación de este artículo respecto a sus similares de hace unos años– una cita bien elegida de Iliá Ehrenburg le indica al lector que Asturias ha llegado a un conocimiento menos aproximativo de la realidad soviética (ideológica, política y social) de lo que su anterior artículo sobre Trotski (n 294) nos lo hacía creer, lo mismo que sus alusiones esporádicas y torpes sobre este tema sin embargo tan debatido en París hacia esta época (*Rusia y el analfabetismo,* n 422). Con todo, Asturias, que había llegado a una cierta sistematización de su ideología personal ante la situación

guatemalteca y latinoamericana, nos ofrece un ejemplo sorprendente de sus perplejidades –o de sus ambigüedades– en el artículo *El angustioso problema de la futura guerra* (n 401). En efecto, en este artículo llega a situar en un mismo plano dos propuestas claramente antitéticas: la de los comunistas y la de los fascistas. La atracción de unas ideas ligadas a los grupos artísticos del *rappel à l'ordre* y de los realismos italiano y germano muestra en Asturias, detrás de sus disfraces verbales inocentes (?), que su impacto era real, que aquélla no había mostrado todavía su verdadera naturaleza ni sus consecuencias, y que en cualquier caso seguía incidiendo en los intelectuales del Tercer Mundo, y en Asturias en especial:

> Decir cuál de estas dos hipótesis, la de los hombres cantando la Internacional, o la de los hombres entonando el canto de las batallas, será la realizable, no me atrevería a decirlo, *pues, por momentos me inclino por una, por momentos por otra* (nº 401).

En esta especie de *impasse* ideológico y en medio del preocupante espectáculo de la Europa de entonces, en la que el ascenso de los fascismos de todo tipo debía resultar sumamente perceptible, Asturias es llevado una vez más a interrogarse (en realidad, a interrogar a su público) sobre su lugar y el sentido de su trabajo creador en la sociedad de su país. La consideración que sigue es inmediatamente posterior al triunfo español de las *Leyendas* y contemporánea de la traducción francesa de Miomandre (así como de la famosa carta de Valéry). Como siempre, el pretexto de la frase es «oblicuo», pero la confesión, el grito implícito, es directo:

> Entre nosotros, se cree que al artista, que al escritor, que al obrero intelectual lo persigue una especie de fatalidad que lo obliga a aparecer *a sus propios ojos,* y a los ojos de sus compatriotas, mercachifles y políticos de campanario, profesionales de ciencia infusa y nuevos ricos, como un desgraciado, un ser que está de más, que no sirve para maldita la cosa, que debe aniquilarse mediante el alcohol o las drogas, que por todos lados es el ejemplo más vivo del fracaso y la vergüenza de su familia y amigos (nº 402).

Todo ya está aquí, el sistema asfixiante, la familia castradora, la huida adelante y los medios extremados (el alcohol y la droga para aguantar). Se trata de lo que le ocurrirá a su regreso, ya que estas líneas son impresionantes por la proyección premonitoria que nos ofrecen.

Una vez más se volcará sobre los problemas del teatro, pero también aquí, en vez de una especie de crónica informativa y comparada sobre lo que ocurre en Francia y en España, aprovecha para afirmar, más allá de un cosmopolitismo brillante y aparente, que

> el teatro que tiene que surgir ahora aunará la alegría dionisíaca del espectáculo griego a los eternos problemas capitales del hombre. [...] Remato estas líneas con el deseo de ver formarse en nuestros países un grupo de gente nueva que se dedique a crear el teatro nacional hispanoamericano [...] (nº 404).

Un gran artículo sobre Edgar Varese y la nueva música acaba haciéndonos comprender que Asturias participa ya –y la interpreta admirablemente– de la modernidad internacional, tal como París se la ofrece en ese momento:

> [...] sintiendo el bienestar de no estar escuchando la otra música, la que pasó, la música de los siglos en que se aislaba el hombre en la melodía de lo fácil, de lo arregladito para su contentamiento, a saborear su egoísmo satánico (nº 405).

Las palabras que siguen, que constituyen una verdadera lectura de esta música de vanguardia, resultan todavía más importantes porque nos muestran, con la precisión del análisis, el grado de participación y de comprensión alcanzado por Asturias en cuanto a las manifestaciones del arte contemporáneo, por difíciles y alejadas que estuviesen de sus competencias específicas:

> Por sobre los violines que gastan una cuerda rasca que te rasca desde hace rato, pasa de pronto la explosión de un bombazo, luego un ruidito seco mandibular, angustioso, de rama de árbol que se quiebra azotada por la tempestad, luego los trombones con no sé qué de naturaleza en estado fluido, borboteante, y más bajo, en túnel misterioso, se lo traga todo el contrafagote (nº 405).

Pero al lado de estas «lecciones» aprendidas y «regaladas» luego a su público, con el artículo *Las posibilidades de un teatro americano* (nº 410) nos encontramos de lleno en la aplicación de la famosa afirmación de Senghor: «Asimilar sin ser asimilado». Asturias, que entre 1929 y 1930 había volcado sus preocupaciones en los problemas del teatro, llega con este artículo a hacernos partícipes de los resultados de sus investigaciones «comparatistas», así como a decirnos sin ambages, y en tres frases clave, cuál era su noción personal del mestizaje cultural. En materia teatral, ante todo; pero una extrapolación más general parece aquí no sólo legítima, sino necesaria:

> *El Mashimon*, es la obra tipo de este género del teatro primitivo, mezclado con temas religiosos españoles [...].
>
> [...] un tropical desembarazo por querer alojar en fórmulas europeas, casi todas caducas, lo que está por nacer como expresión nuestra, de lo más nuestro que es América.
>
> [...] *América* está jugando todavía, ¿por qué vamos a envejecerla con preocupaciones estéticas de naciones de más edad?

Estas tres frases hablan mejor que un amplio desarrollo del conocimiento de Asturias sobre su propia realidad cultural, así como de su apreciación de las sugerencias, de los enriquecimientos que acababa de incorporar.

¿Y en cuanto a la política, de la que tan poco hablara hasta aquí? Parece un poco –o mucho– en retirada respecto a los otros temas de estos artículos, y se manifiesta de una manera curiosa, y «oblicua» como siempre, cuando Asturias no quiere enfrentarse directamente con su público y, ahora, con sus censores.

En junio de 1932 emprende, con Enrique Uhtoff (Uslar Pietri), un viaje a Escandinavia. No es un viaje de Prensa Latina, pero a pesar de todo se aprovecha, todavía, de las amistades y de los contactos de De Waleffe. Dedicará once artículos breves (nos 411 a 416, 418, 420, 421, 424), muy bien escritos, al descubrimiento del Gran Norte, en los que se habla, por supuesto, de frío, hielo y nieve.

Entre todas las corresponsalías de viaje, éstas figuran entre las más idílicas y serenas. Asturias se revela aquí más como gran maestro de la lengua, y las variaciones de que es capaz alrededor de un tema aparentemente monótono son, hablando con propiedad, magistrales. Pero he aquí que, justamente, este paraíso blanco le remite, por asociación y por contraste, al infierno guatemalteco. El artículo 414, procediendo a una inocente pausa ante las consideraciones turístico-ecológicas de la serie, comienza diciendo:

> Noruega es una lección para todos los que tenemos pueblos para hacer [...].

Por lo que se diría que, al no poder ya hablar directamente de Guatemala (como lo hacía antes), lo hace indirectamente enumerando de manera exhaustiva las cualidades que convierten en «perfecto» aquel país visitado. La técnica empleada antaño consistía en proceder a la comparación entre los dos términos de referencia, el extranjero y el nacional. Aquí, la enumeración es tan perfecta e implacablemente dispuesta que no hay ninguna necesidad de que intervenga, *por contraste,* la referencia nacional. Asturias parece ya inaugurar aquí la especificidad de su periodismo «oral» ulterior, en el que el público tenía que captar las alusiones, comprender lo no manifestado, proceder por sí mismo a la operación de explicitación que el periodista ya no podía efectuar. Este artículo parece responder asimismo, indirectamente, a las acusaciones de «iluso» que sus amigos debieron imputarle a propósito de sus proyectos de 1928. No, parece contestar a los amigos, no se trata de ilusiones, ya que esta realidad sociopolítica existe y os la puedo describir. Como puede advertirse, a pesar del frío, la distancia y el extrañamiento, Asturias no desiste de su idea fija, sino que la destaca, cada vez que le es posible, mediante un recurso correspondiente a un código bien establecido y perfectamente familiar para sus lectores.

En un artículo de finales de este año (nº 423), nos proporciona una confirmación bastante convincente de la autenticidad de sus proyectos políticos de 1928.

En efecto, en un momento en que el marasmo económico afecta gravemente a Guatemala, toma una vez más la palabra y recuerda que todo lo había previsto y diagnosticado, y que no habría sino que releer *El Imparcial* para encontrar en sus textos la enumeración de las taras endémicas de su país a la vez que los remedios apropiados. Frases al estilo de «Como sucede siempre... Si en aquella época... Léase *EI Imparcial*» (nº 423) retornan como un *Leitmotiv* y dan inicio a cada parágrafo. Ni siquiera falta una especie de exhortación final que ostenta un programa mínimo sin que él pretenda empero jugar un papel personal. El paréntesis militante se ha cerrado, las ambiciones y el gran proyecto pertenecen a un momento acabado para siempre.

1933

En 1933, los artículos de Asturias en *El imparcial* gravitan todavía más sobre París y Europa (13 artículos) y Guatemala adquiere, aparentemente, cada vez menos importancia (4 artículos). El fenómeno de expansión temática y de apertura cultural planteado en 1932 adquiere todavía más amplitud, y Asturias inventa para expresarlo un nuevo estilo de comunicación con sus lectores. Éste nos parece singularmente apto para traducir su posición, ambigua y quebrantada, el incierto estado de sus proyectos, su relación incómoda con su público y el periódico.

Se lo ha visto evolucionar desde una prosa propia de un analista político «abstracto», e indiscreto, hasta la de un ideólogo militante, del papel de un mediador cultural alusivo y discreto al de un informador y orientador muy consciente y, a veces, polémico. Al haberse acabado esta función y estas modalidades pedagógicas, debido a la imposibilidad práctica de conducirlas hacia las finalidades que les habían dado origen, era natural que Asturias, en la cúspide de su itinerario europeo, inventase otra manera de comunicarse ya que sus medios expresivos habían conseguido el nivel que, en lo sucesivo, habrá de ser el suyo. En efecto, no olvidemos que, por una ironía del destino, la curva descendente de su imagen periodística coincide exactamente con la curva contraria –y fulgurante– que corona su obra de escritor: ya no tenemos ante nosotros una joven promesa, sino un talento brillante y reconocido.

En un último alarde de maestría estilística y de orgullo, cambia de registro. No más explicaciones, imprecaciones ni farmacopeas, sino una comunicación telegráfica, sincopada, en la que la palabra es tan densa y esencial como lo es la palabra poética. No se trata de remedar tal o cual escritura automática, sino de buscar otra dimensión. Los artículos de Asturias no son ya la expresión de una relación de a dos hábilmente entablada, sino el grito solitario de un poeta que habla al mundo del desamparo del mundo. La lectura de los doce textos que escribe en 1933 para *El Imparcial* nos da la medida de la desesperación final de este

Asturias que, en la cima de la afirmación personal laboriosamente conquistada y después de haberse abierto al mundo, en una extremada variedad de experiencias, sabía –o, mejor, adivinaba oscuramente– adónde estaba escrito que retornara. Y su derrota, seguramente agravada por la decepción del matrimonio por amor fallido con Andrée Brossut (un rechazo más), no se inscribía sólo en la crisis de por sí amenazadora de su país, sino en la más general de este año, que pasará a contarse entre las más preocupantes de los tiempos modernos.

Los tres últimos artículos, que resumen con su nueva manera todas las facetas de este decenio fatídico, constituyen el testimonio del hombre, el ciudadano, el viajero y el artista. Hay que releerlos para escuchar ese grito de desamparo y de desencanto ante el abismo inminente: entonces no se olvidaría esta prosa desesperada que sitúa a Asturias y a su «viaje» parisino en una dimensión que trastorna todo lo que sabíamos de él y de su obra.

V. Opus conclusum

Esta lectura dinámica nos lleva a considerar que este conjunto de 440 artículos está tan admirablemente construido, y sus interrogantes y sus respuestas tan estrechamente imbricadas, que encierra en sí la verdadera razón por la que Asturias no quiso desvelarlo, o, peor aún, utilizarlo con posterioridad. Naturalmente, las razones de orden biográfico y político debieron pesar mucho, pero quizá, todavía más, la noción de *opus conclusum* que Asturias debió de haber atribuido a esta parte de su trabajo parisino de los años 20. Así como no sería imaginable fragmentar, diseminar en unas publicaciones parciales las obras mayores citadas con anterioridad, no se podría fraccionar, sin desfigurar su sentido y su coherencia, la estructura de un conjunto que obedece al mismo itinerario y a igual rigor.

Una prueba tangible de que Asturias quiso lograr con estos artículos un discurso estructurado comparable al que realizaba en su producción llamada «mayor» reside en la invención siempre renovada de rúbricas («Billetes de París», «Ojo Nuevo», «Desde el Diván de Madame», «En la Jaula de la Torre Eiffel»,) y la reiteración casi ritual de expresiones del estilo de «como dijimos», «como el lector recordará», «el año pasado», «en pasadas ocasiones», «como he repetido hasta la saciedad». No se trata en absoluto, en ambos casos, de un procedimiento retórico, sino de enunciados que evidencian el entramado de un tejido textual que posee sus leyes, su estilo y su destino.

Si bien la obra fracasa ya que la *real-politik* impide la realización de un proyecto general y personal tan ardientemente deseado y tan pacientemente construido, los textos que encierran la gran expectativa serán apartados, intocados e inexplotados hasta que puedan revivir integralmente, sin los recortes editoriales

que desfigurarían su sentido y su proyección, para explicar finalmente la misión cívica con que Asturias soñó toda su vida.

A ello se debe que estos textos no sean interesantes únicamente en función de su utilización hermenéutica para la obra mayor: conforman un discurso autónomo de una importancia y de una belleza irremplazables.

Su publicación llena una necesidad, una laguna, de orden ideológico, desde luego, pero también estética. Al correr de los artículos, a pesar de las trasposiciones y de las diversiones inventadas para confundir las pistas, lo que se perfila en este libro es un único y mismo personaje, jugando con sus máscaras emocionantes e irrisorias, que representa al autor a la vez que al protagonista. Seguimos de este modo, casi sin la distancia que establece el arte, las expectativas, las ambiciones y los fracasos de Asturias, con tal claridad que a veces tenemos la impresión de ser *voyeurs* indiscretos o indecentes.

No es pues asombroso que Asturias haya querido ocultar y olvidar, o lograr que se olvidaran, estas páginas. En efecto, ellas no son sólo el testimonio de sus *Lehrjahre* parisinos sino, también, las de una pasión que habría de desgarrarle y que participa de la exaltación de las *Leyendas* a la vez que de los horrores goyescos de *El señor Presidente;* no advertía, sin embargo, que a las jóvenes generaciones guatemaltecas y latinoamericanas, y en general a la crítica internacional, les faltaba un *corpus* articulado de testimonios que habría asumido los cuestionamientos cíclicos de que fue víctima y, en cierto sentido, responsable. Los textos aquí reunidos son el documento *liberador* que lo absuelve y lo sitúa en la ejemplaridad que tanto quiso encarnar en vida. Escuchamos a este personaje que se arrima a las candilejas y enuncia, sin tapujos, las terribles palabras que el arte sublima y convierte en objetos de belleza.

(Versión: René Palacios More.)